

Universidad Torcuato Di Tella



Tesis de Licenciatura en Historia

(julio-2013)

*Cuestión social y catolicismo en los años '30. Una lectura a través de la revista de los Círculos de Obreros Católicos.*

Directora: Miranda Lida

Victoria Frers

08Y285

**Índice**

Resumen	3
Abreviaturas	4
Introducción	5

**Capítulo I**

Antecedentes, 1891-1930.	11
- Primeros cruces entre el Estado y la cuestión social	12
- Los Círculos de Obreros	14
- Otras asociaciones sociales	19
- La semana trágica	23
- Mientras tanto la Iglesia...	24

**Capítulo II**

La Iglesia ante una nueva estructura social, política y económica, 1930-1943.	28
- Un nuevo escenario	29
- Estado y cuestión social: el DNT	31
- Dos nuevos protagonistas: Iglesia y Ejército	35
- Congreso Eucarístico Internacional	37
- Prensa Católica	39
- La Acción Católica Argentina	40
- La Iglesia y el golpe de 1943	44
-	

**Capítulo III**

La revista 'Lábaro'.	47
- La revista	47
- La Federación de los Círculos Católicos de Obreros	49
- Una campaña contra la inmoralidad	52
- "Un sincero portavoz de los que se sienten oprimidos"	53
- Adoctrinamiento y entretenimiento	57
- Una advertencia	59
- La revista 'Lábaro' y el Estado	60

Conclusión	66
Bibliografía	68
Anexo	71

## Resumen

El presente trabajo utiliza el órgano de prensa oficial de los Círculos Católicos de Obreros para analizar las relaciones entre la cuestión social, el catolicismo y el Estado a lo largo de la década del '30. La revista *Lábaro* permite conocer qué postura sostuvieron los CO en el marco de la expansión de la Iglesia católica y el desarrollo de los movimientos obreros. Como en otros sectores del catolicismo, convivió en los Círculos un discurso endemoniadamente anticomunista con cierto pragmatismo a la hora de lidiar con sus representantes. En un momento en el que el comunismo ganaba cada vez más espacios dentro de los sindicatos, los CO reafirmaban la importancia de los mecanismos de conciliación y el arbitraje. Para los Círculos, el Estado cumplía un papel central. Una vez encuadrados dentro de sus instituciones, los comunistas perdían –al menos parte- de su carácter amenazador.

**Abreviaturas**

ACA	Acción Católica Argentina
AT	Asociación del Trabajo
CO/FCCO	Círculos de Obreros/Federación de los Círculos Católicos de Obreros
DNT	Departamento Nacional de Trabajo
FACE	Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas
FONC	Federación Obrera Nacional de la Construcción
JAC	Juventud de la Acción Católica
JOC	Juventud Obrera Católica
LDC	Liga Democrática Cristiana
LP	Liga Patriótica
LSA	Liga Social Argentina
SAOP	Sociedad Argentina de Obreros del Puerto
SPTL	Sociedad Protectora del Trabajo
UPCA	Unión Popular Católica Argentina
VOC	Vanguardias Obreras Católicas

## Introducción

Esta investigación se propone estudiar el órgano de prensa oficial de la Federación de los Círculos Católicos de Obreros desde su creación, en 1935, hasta el golpe de Estado de 1943. La revista *Labor* (que a partir de 1940 cambió su nombre a *Lábaro*) se utilizará como herramienta para analizar las tensiones entre la cuestión social, el catolicismo y el Estado a lo largo de los años treinta. La publicación fue creada con el objetivo de informar sobre las actividades de los Círculos y comentar distintos asuntos relativos al problema obrero. Se escribía desde la Junta de Gobierno y repartía entre los socios de los CO. Para los propios autores, *Lábaro* llegó a ser “un órgano informativo y doctrinario, indispensable para el funcionamiento de los Círculos Federados”<sup>1</sup>.

El estudio de la revista permite ver, en un principio, qué lugar ocupó la FCCO a lo largo del período. Algo opacada en la historiografía –un poco por el ‘fraude patriótico que definió el período, otro poco por la importancia de los eventos que le siguieron– la ‘década infame’ fue escenario de grandes transformaciones. En 1930 se puso fin tanto la primera experiencia democrática del país como al modelo económico que había impulsado el desarrollo argentino durante más de tres décadas. Para la Iglesia los dos eventos fueron, de cierta manera, una buena noticia: por fin aparecían grietas en la tradición liberal. El mundo parecía acompañar esta tendencia. Los totalitarismos de Stalin, Mussolini y Hitler bregaban por una sociedad nueva, en la que poco importaban los viejos valores liberales. En el país, los eventos europeos definieron los grandes debates ideológicos que atravesaron el período. La Guerra Civil Española, considerada entonces como una posible representación de los mayores conflictos que iban a seguir, despertó fuertes discusiones en la prensa local. Toda la Iglesia –con algunas pocas excepciones– defendió a Franco. La lucha contra el comunismo era un factor de cohesión dentro del catolicismo, que en aquel entonces crecía a un ritmo acelerado. Durante la década del treinta la Iglesia católica estaba experimentando un renovado dinamismo y alcanzó a conquistar un lugar de peso en la política y la sociedad. Mientras tanto, las dificultades para importar y exportar que comenzaron con el Crack de Wall Street favorecieron, en un plazo intermedio, el desarrollo de la industria e incentivaron a el crecimiento de la clase trabajadora. El período estuvo signado por una gran cantidad de conflictos obreros, motivados por el

---

<sup>1</sup> *Lábaro*, Mayo 1942.

<sup>2</sup> Auza, N.T., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino*, Buenos Aires, 1987, Tomo I, p.63.

estancamiento de los salarios reales, la mínima legislación laboral y las malas condiciones de trabajo. En este contexto, y en gran parte por iniciativa comunista, se desarrolló una mejor estructura sindical. Desde el Estado, predominó a lo largo de estos años una actitud represiva. Pero las huelgas de fines de 1935 y principios de 1936 trajeron un cambio en la actitud estatal, que comenzó a intervenir con más frecuencia en los conflictos laborales.

Es en este marco que se crea *Lábaro*. Este trabajo aspira, entonces, a definir cuál fue la postura de los FCCO ante las novedades en el movimiento obrero, qué discurso tenía con respecto a los proyectos del estado y, con qué medios contaban para ejercer su influencia. Existían entonces amplios sectores católicos, que siempre muy críticos hacia el extremismo de izquierda, se mostraba dispuestos a negociar con sus representantes. La lectura de *Lábaro* permite ver que allí también hay una tensión entre su discurso fervientemente anticomunista y cierta voluntad pragmática que consiente su presencia y legitima su voz. Ordenado dentro de una institución estatal, el comunismo podía perder su carácter amenazador.

Una primera parte del trabajo se va a referir al surgimiento de la cuestión social en el catolicismo argentino, la creación de los Círculos de Obreros y las primeras reacciones del Estado ante los conflictos laborales. El segundo capítulo va a describir el contexto histórico en el que apareció la revista *Labor*, una época en la que la sociedad, la economía y la política experimentaron grandes transformaciones. Un último apartado va a exponer las características de la revista para luego analizar las funciones de la FCCO y su relación con el Estado. Analizaremos en particular sus abordajes de la cuestión social en un momento de industrialización y avance del Estado, y sus estrategias a la hora de hacer llegar sus declaraciones a destino.

### *Estado de la cuestión*

No existe, por el momento, un trabajo que explique de forma exhaustiva la evolución de la cuestión social en el catolicismo de los años treinta. El tema se menciona en los trabajos que estudian a la Iglesia Católica en aquella época, pero se alude a su relevancia sin ahondar en sus características. Sí hay, en cambio, investigaciones que tratan el asunto con respecto a décadas anteriores. Es el caso de

los tres tomos de Néstor T. Auza, *Aciertos y fracasos Sociales del catolicismo argentino*. Con un tono muy adulador, sus libros enumeran los proyectos que fueron definiendo la ‘conciencia social’ del catolicismo entre 1882 y 1930. Los Círculos Católicos de Obreros ocupan un lugar central en la investigación. Su fundador, Federico Grote, es presentado como un héroe, y todas sus propuestas son contadas a partir de la “excepcional calidad de su personalidad dinámica”<sup>2</sup>. Más allá del costado apologético, el trabajo de Auza hace un uso intensivo de las fuentes disponibles y describe con detalle todos los eventos que involucraron a la Iglesia con el problema obrero. Otro libro publicado casi al mismo tiempo, también investiga el tema. *La Iglesia y la cuestión social (1874-1910)* de Héctor Recalde es más escueto y plantea una perspectiva opuesta a la de Auza. Para Recalde, los organismos creados por la Iglesia para enfrentar los problemas del mundo del trabajo no alcanzaron a tener una gran influencia ni entre los obreros, ni dentro las instituciones eclesíásticas.

Una tercera investigación –más reciente- analiza este mismo tema. En su tesis doctoral, todavía inédita, María Pía Martín estudia la relación entre Iglesia católica, cuestión social y ciudadanía en Rosario y Buenos Aires entre 1892 y 1930. Después de enumerar las influencias ideológicas del catolicismo social argentino, la historiadora describe cómo se organizaron las distintas entidades laicas que pretendieron acercar el catolicismo a las filas obreras. El texto resulta útil para comprender desde qué lugar se desarrollaron los Círculos de Obreros. Permite, además, ver los efectos que tuvo la iniciativa de Grote dentro de la propia Iglesia, que comenzó a mostrarse más permeable frente a las diferencias ideológicas que estaban por dividir la sociedad.

En los últimos años se ha desarrollado, además, un nuevo enfoque a la hora de investigar el problema obrero a principios del siglo XX: el análisis de las instituciones estatales. Juan Suriano publicó en el 2012 y este año dos estudios sobre el Departamento Nacional del Trabajo. En el primero describe cómo se creó el Departamento, cuáles eran sus límites y cómo fue su relación con el primer gobierno de Yrigoyen. Para el historiador el DNT planteó desde las primeras huelgas que sacudieron el régimen radical la necesidad de regular el trabajo y las organizaciones sindicales. El segundo trabajo expone cuáles fueron las influencias internacionales que llevaron a la creación del primer organismo laboral del país.

---

<sup>2</sup> Auza, N.T., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino*, Buenos Aires, 1987, Tomo I, p.63.

Durante la década del treinta, el catolicismo experimentó una suerte de ‘renacimiento’ que ha despertado el interés de una mayor cantidad de investigadores. Los trabajos realizados se podrían dividir en dos grupos: por un lado, aquellos que estudian el período a la luz del peronismo y por el otro, los que hacen un análisis desde una perspectiva más social. En el primer grupo se destacan dos investigaciones. La de Fortunato Mallimaci encuentra en la expansión del movimiento católico un factor indispensable a la hora de comprender la transición al gobierno de Perón. El catolicismo integral, una expresión totalizadora de la religión, habría establecido una gran ofensiva para reconquistar todos los sectores de la sociedad. La Acción Católica Argentina cumple un rol fundamental en esta hipótesis. Como “milicia”, la ACA implicó la participación de nuevos sectores dentro de la institución eclesiástica, creando tensiones en el discurso unificado de los obispos. Para Loris Zanatta, en cambio, es el surgimiento de una alianza entre la Iglesia Católica y el Ejército lo que determina la transición al peronismo. Para el autor, en los años treinta se crea el ‘mito de la nación católica’ que va a definir el rol de los dos nuevos protagonistas. Para ilustrar su interpretación, Zanatta hace una investigación exhaustiva de las ideas, instituciones y declaraciones del mundo eclesiástico y arma un minucioso relato de la relación entre Iglesia y Estado a lo largo de todo el período. Finalmente, y aunque no se refiera a la época que se trata en esta exposición, merece una mención el libro de Lila Caimari *Perón y la Iglesia Católica*. En su reconstrucción de los años previos al ascenso de Perón la historiadora expone las diferencias que había comenzado a sufrir el movimiento católico desde principios de siglo.

En una escala más acotada acompañan estas investigaciones trabajos como los de Omar Acha y Jessica Blanco, que pretenden matizar algunas afirmaciones sobre la Acción Católica Argentina. Acha hace un estudio de la evolución cuantitativa de los socios y socias de la ACA y relativiza su nivel de inserción en los diferentes sectores sociales. Blanco analiza la estructura organizativa de la Asociación y concluye que la institución era más laxa de lo que se pretende.

Por fuera de la relación entre Iglesia y política se han hecho trabajos que se concentran en el aspecto social de las transformaciones que sufrió la Iglesia en los años treinta. Luis Alberto Romero ha hecho un estudio de caso sobre el funcionamiento de una parroquia en Nueva Pompeya. Su historia permite comprender qué lugar ocupaban las asociaciones católicas en los barrios, donde convivían con

otras entidades de izquierda que ejercían actividades similares. Miranda Lida investigó el desarrollo de las movilizaciones católicas en las calles, que durante la década del treinta comenzaron a ganar cada vez más espacio. También reconstruyó la trayectoria del diario *El Pueblo*, que en este período había renovado su tecnología y aspiraba, ante todo, a aumentar su difusión.

Por último, un resumen de los eventos que marcaron la evolución del catolicismo en las primeras décadas del siglo XX se puede encontrar en el libro de Roberto Di Stefano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia Argentina*. Aunque su carácter de síntesis provoque un trato quizás demasiado general de ciertas cuestiones, la obra muestra las distintas problemáticas que atraviesan a la Iglesia en este período.

Gran parte de los textos que hacen alusión a la cuestión social y el Estado durante la ‘Década Infame’ están anclados en el debate sobre los orígenes del peronismo. Sin desmerecer la riqueza de una discusión que lleva largas décadas en la historiografía, en este trabajo nos hemos mantenido al margen. Nos limitamos, entonces, a buscar respuestas sobre la relación entre el problema obrero y los distintos gobiernos de los años treinta. Encontramos que más allá de las diferencias a la hora de explicar el surgimiento del movimiento peronista, la historiografía coincide en marcar las huelgas de 1935 y 1936 como un evento que transforma la relación entre el Estado y el problema obrero. A través del *Boletín Informativo del DNT*, Ricardo Gaudio y Jorge Pilone demuestran que entre 1935 y 1943 fueron cada vez más los conflictos que se solucionan a través de una intervención del Estado. Roberto Korzeniewicz coincide con este planteo, pero agrega que la ola de huelgas que tuvo lugar a mediados de los treinta puso de manifiesto una transformación en la forma de organización de los trabajadores, y que fue su mayor poder de negociación política lo que llevó al crecimiento de la intervención estatal. Korzeniewicz alude al crecimiento de la influencia comunista dentro de estos nuevos tipos de sindicato, un tema que desarrollan Hernán Camarero, para un período algo anterior y Diego Ceruso en relación a estos años.

El presente estudio pretende hacer un pequeño aporte a las investigaciones que se concentran en el catolicismo durante la década del treinta. El protagonismo que se le ha dado a la ACA en este período ha llevado a que se dejen de lado otras instituciones de menor tamaño pero mayor recorrido, como la FCCO. Asimismo, el

escrito se inscribe entre los trabajos que analizan la relación entre cuestión social y catolicismo en años anteriores. Desde otro recorte histórico, surgen ejes de estudio similares. Se abre entonces la posibilidad de volver a plantear ciertas cuestiones en un nuevo contexto.

## CAPÍTULO I

### Antecedentes, 1891- 1930.

En este capítulo pretendemos reconstruir, a grandes rasgos, qué sucede entre 1891 y 1930 en relación a la Iglesia, el Estado y la cuestión social. Enumeraremos rápidamente los principales eventos que resultan indispensables para comprender, luego, su desarrollo en la década del treinta.

En 1891, la Argentina acababa de sufrir la primer crisis que sacudiría el modelo agroexportador. Una política de gasto público muy expansiva -financiada a través de abundantísimos préstamos exteriores- combinada con una endeble estructura monetaria habían provocado el desmoronamiento del sistema financiero. Para el centenario, sin embargo, la economía ya estaba recuperada. La crisis no había significado más que una ligera sacudida en un modelo que, sino, se mostraba muy estable. Los festejos de 1910 representaron el optimismo general que dominaba el país. Las exportaciones se habían triplicado en diez años, el ingreso nacional crecía a un ritmo vertiginoso y la inmigración se hacía cada vez más intensa<sup>3</sup>. En este clima de bonanza, los reclamos de los trabajadores eran voces disonantes en un coro en armonía. Ante el crecimiento de grupos socialistas y anarquistas, muchos gobernadores y patrones reaccionaron acusando a los extranjeros de implantar ideas absurdas en una tierra tan generosa como la argentina. Si bien el Estado impulsó algunas iniciativas en pos de resolver el problema –en 1907 creó el Departamento Nacional de Trabajo con el objetivo de analizar las condiciones de vida de la clase trabajadora-, predominaron las medidas coercitivas. Pocas voces disidentes hacían girar sus protestas alrededor de las condiciones de los obreros. El mayor reclamo radicaba en torno a la fraudulenta maquinaria electoral consolidada por Roca. En 1912 la Ley Sáenz Peña resolvió este problema, pero los cambios políticos no tuvieron mayores consecuencias en el desarrollo de políticas sociales.

En 1914 la Gran Guerra trajo una nueva crisis. Esta vez, la Argentina entró en la mayor recesión del siglo y mantuvo su cuadro depresivo durante todo el conflicto. El malestar se hizo sentir en el sector obrero. El salario real se deterioró de forma considerable y la desocupación aumentó hasta convertirse, por primera vez, en un grave problema social. Entre 1917 y 1919 el número de huelguistas pasó de 136.000 a

---

<sup>3</sup> P. Gerchunoff y L.Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Ariel Sociedad Económica, Buenos Aires, 2005, p.73

300.000 por año<sup>4</sup>. La Semana Trágica de 1919 fue el corolario de la falta de resolución por la vía negociada en estos asuntos. Pero a poco de terminar la guerra las condiciones comenzaron a mejorar y, finalmente, el país entró en los años veinte con una alta tasa de crecimiento que mantuvo a lo largo de toda la década. Las huelgas fueron menos y más calmas y la estabilidad permitió asentar ciertas iniciativas legislativas, de socialistas y católicos en particular. De todas maneras, habían sido pocos los cambios producidos por las estrecheces de la Primera Guerra Mundial. Había aparecido un nuevo dinamismo en el sector industrial pero, a grandes rasgos, perduró hasta 1930 el modelo de país que había propuesto la generación del '80: un régimen liberal sostenido por la exportación de productos agropecuarios.

#### *Primeros cruces entre el Estado y la 'cuestión social'*

Durante estos años la relación del Estado con la 'cuestión obrera' fue menos lineal de lo que se podría creer. La represión alentada por algunos sectores estuvo acompañada por la voluntad de socialistas y ciertos 'liberales reformistas' de crear una legislación laboral que ordenara el mundo del trabajo. Si el miedo ante la organización de los sectores trabajadores fue seguramente el motor principal de estas reformas, otras hipótesis encuentran que su desarrollo se debe también a una evolución del pensamiento liberal<sup>5</sup>. La existencia de tales conflictos podría verse, después de todo, como un símbolo del crecimiento que estaba viviendo el país. No sólo compartían estos mismos problemas con los países industrializados. También, la novedosa existencia de una 'cuestión social', estaba relacionada con uno de los procesos más exitosos de la Argentina: la inmigración. Entre 1857 y 1914 se radicaron en el país más de dos millones de inmigrantes y en 1914, la mitad de los habitantes de Buenos Aires eran extranjeros<sup>6</sup>. Este aluvión de trabajadores forzó a la capital a transformarse en una gran urbe de la noche a la mañana, provocando todo tipo de problemas: condiciones de vivienda insalubres, hacinamiento, aumento de la criminalidad, prostitución, y por supuesto, protestas en las filas obreras.

---

<sup>4</sup> Íbid.

<sup>5</sup> Discusión entre Eduardo Zimmermann y Juan Suriano. Zimmermann señala la importancia que tuvo el desarrollo de las ciencias sociales en las posteriores reformas. Suriano descarta esta hipótesis y declara que la preocupación de los gobernantes se explica exclusivamente con la agudización del conflicto.

<sup>6</sup> Baily, S.L., *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985, p.20

Los conflictos de 1902 llevaron a que el Estado promoviera su primera legislación dirigida a resolver el problema obrero. Un movimiento de huelgas en Rosario, Bahía Blanca y Buenos Aires había desembocado, en noviembre, en una declaración de huelga general por parte de la Federación Obrera Argentina. Con esto, el flujo de comercio de exportación se vio amenazado. Además de afectar los intereses de productores y exportadores, la huelga podía tener serias consecuencias para la recaudación aduanera del gobierno. Se sancionó entonces la Ley de Residencia, que facultaba al poder ejecutivo a deportar o impedir la entrada de todo extranjero condenado por un tribunal de otro país o cuya conducta pudiera comprometer la seguridad nacional. Esta medida fue la primera dentro de una serie de iniciativas que buscaban reprimir o expulsar a los anarquistas. En 1910, después de que estallara un bomba en el Teatro Colón y en un nuevo intento por controlar el anarquismo, se sancionó la Ley de Defensa Social. A la deportación de extranjeros, se sumó la prohibición de toda asociación que tuviera como objeto la propagación de doctrinas anarquistas.

La represión del anarquismo fue, sin embargo, solo una cara de la actitud del Estado hacia la cuestión obrera. Existía en el gobierno un pequeño grupo que alentaba el debate en torno al tema, y, en alianza con los socialistas, promocionaba reformas. En 1904 se presentó ante el Congreso un proyecto para una ley nacional del trabajo. La iniciativa surgía de la mano de importantes miembros del Partido Socialista y algunas figuras del gobierno. El autor de la redacción del código fue Joaquín V. González, entonces Ministro del Interior y asociado -por Eduardo A. Zimmermann- con la tendencia 'liberal reformista' que existió en el Estado<sup>7</sup>. Entre otros temas, el proyecto incluía legislación sobre accidentes de trabajo, duración de la jornada laboral, trabajo a domicilio, trabajo de menores y mujeres y condiciones de seguridad e higiene en las industrias. Se establecía la jornada máxima de 8 horas y se fijaba el descanso dominical. Se creaba además una serie de instituciones que funcionarían como árbitros entre patrones y empleadores. El proyecto no tuvo éxito. La falta de apoyo de grupos industriales y de los mismos sindicatos llevó a que la iniciativa no fuera discutida seriamente en el Congreso. Por un lado los sindicatos, a pesar de la oferta de mejoras en las condiciones laborales, iban a sufrir importantes restricciones en sus actividades gremiales. Por el otro los patrones, a pesar de la ventaja que

---

<sup>7</sup> Zimmermann, E.A., *Los Liberales Reformistas. La cuestión social en la Argentina. 1890-1916*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1995, p.178

significaba un mayor control estatal de las organizaciones obreras, veían elevarse considerablemente el costo de su producción.

De todas maneras, la iniciativa sentó precedentes para la promoción de una nueva legislación social. En 1905 se sancionó la ley 4661 de descanso dominical y en 1907 se creó el Departamento Nacional del Trabajo. Sus funciones eran distintas de las que había propuesto González, para una institución análoga, en el proyecto de Ley Nacional del Trabajo. Aquí los objetivos se limitaban sobretudo a realizar informes sobre el nuevo problema social. La intervención en los conflictos no estaba regulada. Sus distintos comportamientos dependieron del rumbo que imponían los diversos directores y la entidad no llegó a tener un rol de peso hasta la década del treinta. Su eficacia fue, de todas maneras, fuente de innumerables discusiones en el Congreso. Su mayor defensor fue el socialista Alfredo Palacios, que buscó darle más atribuciones. Entre los detractores se encontraban otros socialistas que acusaban al DNT de ser predominantemente clerical. Hacia fines de 1914, el diputado socialista Antonio de Tomaso declaró que toda la dirigencia estaba en mano de académicos o militantes católicos<sup>8</sup>. Para esta fecha, los movimientos sociales católicos habían adquirido cierta importancia, y muchos de los funcionarios estatales estaban involucrados en alguna de sus iniciativas.

### *Los Círculos de Obreros*

En 1891, el Papa León XIII publicó la encíclica *Rerum Novarum*. El documento condena la miseria a la que está expuesta la clase obrera, denuncia los excesos del capitalismo y censura la abolición de la propiedad que propone el socialismo. Reivindica, en vez, una mayor participación de la Iglesia en estas cuestiones y alienta la creación de asociaciones católicas. Propone, además, aspirar a un sistema de cooperativas para regular la sociedad. De esta manera, la encíclica determinó el camino que debía tomar la Iglesia Católica frente a la cuestión social. Al mismo tiempo, funcionó como símbolo de la importancia que estaba cobrando el problema obrero en un mundo transformado por la revolución industrial y afirmó la importancia que merecía el asunto en la cruzada por reconquistar fieles en el mundo trabajador.

---

<sup>8</sup> Zimmermann, E.A., op.cit., p.206

En Argentina, la iniciativa del padre Grote fue quizás la respuesta más significativa a la publicación papal. Para sus apologistas “figura excepcional y a la vez providencial”<sup>9</sup> el sacerdote alemán llegó al país en 1884, enviado por la Congregación de los Padres Redentoristas. Durante siete años se dedicó al ejercicio de su labor misionera, tarea que lo llevó a recorrer el país. Tanto en la Capital como en diversas provincias, el padre Grote entró en contacto con los dirigentes locales y adquirió una red de contactos indispensable para sus futuros proyectos. En 1892 fundó el Círculo Central, destinado a ser el primero de la Federación de Círculos Obreros. En el Estatuto de su fundación definió sus objetivos:

“Esta Asociación se funda en la Capital de la República Argentina con el fin de defender y promover el bienestar material y espiritual de la clase obrera en marcada oposición a la funesta propaganda del socialismo y de la impiedad que, mediante promesas engañosas de efímera felicidad, llevan al obrero a su ruina temporal y eterna y acarrear a toda la sociedad males incalculables.”<sup>10</sup>

A través de servicios de mutualidad y propaganda a favor del reformismo social cristiano, los Círculos de Obreros buscaban penetrar en las filas de trabajadores y contrarrestar la influencia de socialistas y anarquistas. Representaban un cambio de estrategia con respecto a sus antecesores; en la década del ochenta habían funcionado círculos de obreros destinados a establecer talleres, escuelas de artes y oficios y oficinas de colocaciones. Estaban enmarcados en el movimiento encabezado por Manuel Estrada, Pedro Goyena y Emilio Lamarca, cuyo objetivo era protegerse frente al proyecto secularizador del Estado. Cumplían un rol secundario dentro de la campaña en contra del predominio de la ideología liberal y tenían un tinte fuertemente paternalista. Los Círculos fundados por Grote compartían el carácter mutualista y las intenciones moralizadoras de las primeras organizaciones, pero traían ciertas novedades<sup>11</sup>. En primer lugar, no eran confesionales en sentido explícito –recién en 1930 la Federación de Círculos admitiría el uso formal del apelativo ‘católico’-. En segundo lugar, abordaban la cuestión social desde un enfoque más amplio. Además de la asistencia médica, asesoramiento jurídico y agencias de colocaciones, promovieron la creación de proyectos de vivienda y cierta legislación laboral. Su alcance fue considerable y provocó al menos sin duda un cambio en las políticas eclesióstáticas.

---

<sup>9</sup> Auza, N.T., op.cit., p. 25

<sup>10</sup> Citado en Auza, N.T., op.cit. p. 33

<sup>11</sup> Martín, M.P., “Iglesia Católica, cuestión social y ciudadanía. Rosario-Buenos Aires, 1892-1930”, tesis doctoral sin publicar p. 146

El proyecto de Grote creció rápidamente. En 1938 la revista ‘Labor’ publicó un cuadro con cifras aproximativas sobre su evolución. Como los datos provienen de la misma Federación las cifras pueden haber sido un tanto infladas, pero las escalas siguen siendo significativas. Entre 1892 y 1912 se crearon 77 Círculos y se afiliaron 22.930 socios. De 1912 a 1924 la Federación creció un poco más. Se llegó a los 87 círculos y 29.891 socios. Poco se ha investigado sobre quiénes eran los que se afiliaban. Sí se conoce, en cambio, la fuerte presencia de las elites políticas y los sectores de alto nivel adquisitivo en la dirigencia de la organización. Para Grote, en efecto, el apoyo de los católicos acomodados era esencial. No sólo concebía los Círculos como sociedades mixtas en las que patrones y empleados debían trabajar juntos para quebrar las rígidas divisiones de la sociedad, también esperaba acceder a cierto sustento económico a través de los socios acaudalados<sup>12</sup>. Se hacía una distinción, por lo tanto, entre los ‘socios protectores’-aquellos que contribuían económicamente y orientaban las conductas de los trabajadores- y los ‘socios activos’. María Pía Martín constata que en Rosario la proporción de socios del primer tipo sólo constituía, en 1925, el 0,75% de afiliados. Sin embargo, por mas que fuera pequeña la cantidad de ‘socios protectores’ no menguaba su peso real en la asociación. La afirmación de Martín, que busca relativizar su presencia, se contradice con la declaración de un informe de Biale Massé que cita apenas después. La cita refiere a un trabajador tucumano que pertenecía a los Círculos de Obreros y una sociedad anarquista a la vez: “en el Círculo nos enseñan puros deberes, parece que fueran agentes de los patrones, aquí he aprendido mis derechos”<sup>13</sup>. La declaración parece exponer la falta de arraigo de los Círculos Obreros entre los trabajadores, ya sea por la presencia de miembros de otra clase dentro de la agrupación, o la modosidad de sus principios.

Los periódicos obreros recordaban asiduamente que Federico Grote era una figura controvertida por su conducta personal. María Ester Rapalo expone las acusaciones de las que era objeto el sacerdote en un episodio que el relato de Néstor. T. Auza omite y la biografía de Alfredo Sánchez Gamarra cuenta con un tinte diferente. En 1898 el padre Grote fue nombrado director de un asilo de niños y su conducta en la institución le acarreó varias acusaciones por malos tratos, que

---

<sup>12</sup> Martín, M.P. op.cit. p. 151

<sup>13</sup> Martín, M.P. op.cit. p.165

derivaron en su renuncia al año siguiente<sup>14</sup>. Al parecer, esta versión de la historia se confirma en su propia correspondencia, en la que se lee que sus superiores alemanes le prohibieron quedarse a dormir en el asilo y le ordenaron clausurar la puerta que conducía al sótano del edificio.

Más allá de estas cuestiones, que no hacen más que quitarle al sacerdote su halo de santo, las relaciones de Grote hacían difícil una aproximación a los trabajadores. Muchos personajes prominentes se involucraron en los Círculos Obreros. En 1893 Santiago O'Farrell había sido nombrado presidente del Círculo Central y diez años más tarde había asumido el cargo de abogado asesor de la Junta Central. O'Farrell era el directivo del Ferrocarril Buenos Aires-Pacífico. Además, ocupó luego un cargo en la Junta Ejecutiva de la Asociación del Trabajo e integró los comités de finanzas de la Liga Patriótica Argentina. Estaba asociado con otro abogado, el ya mencionado Emilio Lamarca, reconocido activista católico que era también miembro de la dirección del mencionado Ferrocarril<sup>15</sup>.

Estas relaciones se corresponden con el desempeño de los Círculos Obreros en los conflictos de principios de siglo, en los que intervinieron proporcionando mano de obra alternativa ante los trabajadores en paro. En 1901, durante una huelga en el gremio de estibadores, en el diario católico 'El Pueblo' se publicó un artículo referido a cómo "a pedido de los patrones reunidos, el Círculo de Obreros envió esta mañana 350 obreros, aumentándose durante el día hasta 500"<sup>16</sup>. El uso de 'rompehuelgas' se repitió al año siguiente, en un nuevo conflicto protagonizado por los estibadores. A partir de estas intervenciones, María Ester Rapalo establece una continuidad entre las iniciativas de los Círculos de Obreros y los posteriores proyectos coercitivos de la Asociación del Trabajo. Existe, en efecto, una relación entre los dirigentes de los dos grupos. A mediados de 1903, Grote creó una alianza con los Asociación Centro de Navegación para ir sustituyendo paulatinamente los viejos obreros que trabajaban en el puerto por nuevos obreros que pertenezcan a los Círculos. Entre los patrones con quién armó el trato estaban Pedro Christophersen y Nicolás Mihanovich, dos empresarios que después fueron impulsores de una organización patronal de perfil fuertemente coercitivo: la Asociación del Trabajo.

---

<sup>14</sup> Rapalo, M.E., *Patrones y Obreros. La ofensiva de la clase propietaria. 1918-1930*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2012, p. 30

<sup>15</sup> Rapalo, M.E., *op.cit.*, p.30

<sup>16</sup> Citado en Recalde, H., *La Iglesia y la cuestión social (1874-1910)*, Biblioteca Política Argentina, Buenos Aires, 1985, p.82

De esta alianza a la que nos referimos nació el gremio portuario católico. Su trayectoria resulta interesante para comprender la relación entre patrones y Círculos. En el relato apologético de Auza la creación de la ‘*Sociedad Argentina de Obreros del Puerto*’ fue una estrategia para conquistar libertad en el trabajo frente al monopolio gremial de la izquierda. Para el historiador, a través de la SAOP, los gremios católicos emprendieron una batalla contra los anarquistas para desalojarlos de “la fortaleza que habían ocupado con soberbia y tiranía durante varios años”<sup>17</sup>. Al aludir al episodio, cita una editorial del periódico *Democracia Cristina*:

“Nosotros deseamos emancipar a las clases obreras de todo caciquismo y de toda tutela. Las queremos conscientes de sus derechos y sus deberes, interviniendo e influyendo en la vida pública por sí misma y sin más miras que el bien social y la prosperidad de la patria. Acabamos de librar una decisiva batalla en contra del caciquismo anarquista, que tuerce a fines antisociales a los gremios profesionales (...) Lamentamos y condenamos las estériles luchas partidistas y no concebimos otras políticas que la política social, cuyo lema es *por el pueblo y para el pueblo*”

Auza no menciona en ningún momento al rol que tuvieron los patrones. Sin ellos, empero, la SAOP no se hubiese formado. Fue el acuerdo entre Grote y la Asociación Centro de Navegación lo que promovió su creación, y fueron después los mismo patrones los que financiaron los servicios médicos gratuitos que ofrecía la Sociedad para atraer a los trabajadores<sup>18</sup>.

En síntesis, convivieron durante estos años en los Círculos Obreros una política preventiva -mutualismo, propaganda ideológica y una moderada legislación del trabajo- con una política fuertemente represiva. Para Héctor Recalde los CO “no pasaron de ser agrupaciones confesionales, numéricamente escasas y sin ninguna influencia sobre el conjunto de asalariados”. El historiador afirma, entonces, que “lo único notable fue su acción como rompehuelgas”<sup>19</sup>. Esta perspectiva es un tanto dogmática, y atenúa la importancia que tuvieron los CO en la misma institución eclesiástica. La relación de los CO con los patrones no se puede poner en duda. Sin embargo, tampoco se puede limitar la influencia de los Círculos Obreros a la obtención de ‘crumiros’. La asociación tuvo una influencia importante en la perspectiva católica sobre la cuestión social. Reconocían la existencia de un problema

---

<sup>17</sup> Auza, N.T., op.cit. p. 245

<sup>18</sup> Rapalo, M. E., op.cit. p.34

<sup>19</sup> Recalde, H. op.cit. p.20

real en el trato y las condiciones de los trabajadores e insistían en la necesidad de hacer algo al respecto.

Hay que añadir que a partir de 1912 hubo un cambio importante en la dirección de los CO. Federico Grote fue reemplazado por Miguel de Andrea. El sacerdote tenía un perfil distinto a su antecesor y cambió el rumbo de la gestión. Junto con Alejandro Bunge –otro nuevo miembro de la Junta Directiva- hicieron más explícita la relación de los CO con el poder. Pero además, desarrollaron el germen de la unión entre nación y catolicismo que determinó la década del treinta. Había sido en aquel mismo año que se aprobó la Ley Saenz Peña. María Pía Martín encuentra que es importante tener en cuenta esta legislación para comprender las nuevas estrategias de los CO. Ante el peligro que representaba la posibilidad de que cualquier ciudadano pueda elegir a sus representantes, había que formar un “*ciudadano católico*”<sup>20</sup> comprometido con los intereses de la nación. Durante estos años, los Círculos hicieron énfasis en el desarrollo de la enseñanza profesional, los *Centros de Estudios*, las bibliotecas. En 1916 se organizaron ‘Conferencias Populares’, en las que competían abiertamente con socialistas y anarquistas; la estrategia consistía en armar reuniones en barrios humildes, donde los ‘apóstoles’ contaban las verdades de la religión católica. Al mismo tiempo, se le dio un tono más nacionalista a los discursos. El apego a los valores patrios comenzaba a parecer una base indispensable para el orden social y el progreso.

### *Otras asociaciones sociales*

Los CO fueron la primera y más durable institución católica relacionada con la cuestión social. No fueron, sin embargo, la única. En 1902, por iniciativa de Federico Grote, se fundó la ‘Liga Democrática Cristiana’, con el objetivo de tener una injerencia más directa entre los trabajadores. La LDC fue la primera expresión de la corriente demócrata cristiana en el país. Aliada en un principio de los Círculos Obreros, se fue alejando de esta institución hasta romper los vínculos en 1905. De esta manera, es quizás una de las expresiones más claras de las tensiones que comenzaban a surgir dentro del catolicismo social.

La LDC nació de la voluntad de afrontar el problema obrero con más dinamismo. Sin explicar por qué los CO no alcanzaban para enfrentar a los socialistas

---

<sup>20</sup> Martín, M.P., op.cit., p.271

y anarquistas, Auza declara: “Había que dar un paso adelante y pensar en otros medios, en otros modos de obrar que implicaran un programa social más avanzado: formar líderes obreros, organizar gremios, luchar por la conquista de las leyes sociales, salir a competir a las calles para impedir que las clases obreras confiaran en el socialismo y proponerles al mismo tiempo la solución cristiana a la cuestión social”. Los objetivos no distaban mucho de aquellos enumerados en la fundación de los CO. Parecía tratarse, más bien de un intento por revitalizar y rejuvenecer los mismos. Un aspecto, sin embargo, aparecía con mayor insistencia: la creación de gremios católicos para detener el progreso de las organizaciones anarquistas. Este elemento destacó más adelante, cuando la organización buscó marcar su autonomía frente a la jerarquía eclesiástica y las diferencias con los CO ya se habían definido.

Muy pronto, la LDC contó con su propio periódico: *Democracia Cristiana*. En esta publicación daban a conocer el programa que sostenía la nueva entidad. María Pía Martín hace un análisis exhaustivo de sus propuestas, enfatizando las diferencias que más tarde provocaron una ruptura con los Círculos. La agrupación pretendía ubicarse “en una posición equidistante entre el individualismo liberal y el colectivismo socialista, esperando llevar a cabo un proceso de reconstrucción en base a la corporación”<sup>21</sup>. El sistema capitalista debía ser corregido y reformado para que todos puedan acceder a la propiedad privada. Para ello, había que propiciar la organización de cooperativas de consumo y de crédito, la existencia de asociaciones socorros mutuos y la construcción de viviendas obreras. Todo esto debía articularse con la intervención del Estado y la creación de corporaciones. Hasta aquí las ideas no se alejan demasiado de lo establecido en la encíclica *Rerum Novarum* y promovido por el padre Grote desde los CO. Sin embargo, la ideas de la LDC se tradujeron en iniciativas menos conservadoras que las de los Círculos.

Cuando en 1902 se reavivaron los conflictos en el puerto y se volvió a solicitar el envío de trabajadores ‘rompehuelgas’ la Liga definió sus diferencias con los CO. Consideraba –con razón- que una nueva intervención de este tipo solo provocaría antipatías entre los trabajadores. Para este grupo, antes de alegar que las huelgas eran producto de una manipulación anarquista, era necesario hacer un análisis de las condiciones de trabajo y deslindar los verdaderos motivos del reclamo. Fue entonces que, a la hora de decidir sobre esta estrategia y en un acto de insubordinación que

---

<sup>21</sup> Martín, M.P. op.cit., p.180

marcaría las relaciones entre las dos asociaciones en los años siguientes, los demócratas cristianos le negaron su voto a la Junta de Gobierno de los CO. Frente a esto, Grote intentó mantener cierta armonía declarando que la Liga había formulado el criterio más acertado, pero que habían cometido un acto de desobediencia y que, por lo tanto, debían ser corregidos. El quiebre, sin embargo, ya estaba definido.

La LDC se concentró en crear sindicatos que funcionara de forma paralela a los ya existentes, en pos de fomentar el ‘trabajo libre’. La “*Sociedad Carboneros Unidos*” consiguió 550 asociados en un año; el “*Gremio de Tipógrafos*”, los “*Cargadores de Once*”, la “*Sociedad de Picapedreros*” y la “*Sociedad de Tejedoras*” otros cientos. Sin embargo, fue la “*Sociedad Argentina de Obreros del Puerto*” ya mencionada quien logró mayor relevancia. Como vimos, la SAOP nació de una alianza entre los sectores patronales y el líder de los CO. Durante su corta existencia, empero, buscó alejarse de su origen ‘amarillo’ y adquirir cierta autonomía institucional. Sus reivindicaciones gremiales eran las mismas que sostenían otras entidades sindicales que funcionaban en el puerto: no manipular bolsas de más de 70 kg ni bultos mayores a los 450 kg, el pago de los gastos de viaje y pautas para el trabajo de menores<sup>22</sup>. Exigía, además, una cuota mensual menor a la de la Sociedad de Resistencia, que requería una cuota que reducía el jornal a casi la mitad.

De todas maneras, recién con la creación de la Sociedad Protectora del Trabajo en 1905 la SAOP se terminó de definir como una institución más cercana al sector obrero que a la patronal. La SPTL fue creada –y solventada– por las empresas ferrocarrileras, el *Centro de Navegación*, el *Centro de Cereales* y el *Centro de Importadores de Carbón*. Su comisión directiva estaba integrada por miembros de esas entidades y los obreros solo eran ‘adherentes’, lo que significaba que no debían pagar una cuota, pero tampoco decidían nada. Fue una provocación para la SAOP, que hasta hace pocos meses había colaborado con los patrones. Daba la impresión que el objetivo de la SPTL era disputar su lugar en el puerto. En octubre de 1905 la SAOP se plegó, entonces, a una huelga general que había declarado la Sociedad de Resistencia. A partir de aquel momento una nueva relación unió a las dos agrupaciones, que funcionaron como una alianza contra “La Patronal”. Por supuesto que esto no significó en ningún momento un acuerdo total en cuanto a estrategia, ni el abandono de sus presupuestos ideológicos por parte de los católicos. Sin embargo,

---

<sup>22</sup> Martín, M.P., op.cit., p.221

puso en pie de igualdad a la SAOP con el resto y significó el reconocimiento de su carácter obrero. Su desempeño en el conflicto le valió, además, la condena de los CO. El asunto fue sometido a la autoridad eclesiástica, que falló a favor de los demócratas cristianos. Pero los CO no acataron el fallo y la ruptura entre las dos asociaciones fue definitiva.

Cuando en 1907 se llevó a cabo la *Segunda Asamblea de Católicos Argentinos*, la LDC ya estaba sufriendo las consecuencias de esta distancia y perdía cada vez más afiliados y recursos. Su peso en el congreso, de todas maneras, fue considerable. Una proporción importante de los proyectos presentados durante la reunión tenían un origen democristiano. Además, asistieron los militantes más conocidos de la LDC y, junto con la presencia de casi la totalidad de los CO, le dieron a la reunión un carácter particularmente afín al cristianismo social. Fue entonces cuando se planteó una inquietud que se resolvería en la asamblea del año siguiente: la necesidad de dar una forma federativa a la acción social cristiana<sup>23</sup>. En 1908 se formó, entonces, la ‘Liga Social Argentina’. Lamarca, su fundador y presidente, pretendía unir, disciplinar y preparar la acción social. Había que encauzar la lucha contra el anarquismo, socialismo y liberalismo, con el fin último de formar “ciudadanos católicos”<sup>24</sup>. Para alcanzar este objetivo, la educación era una herramienta crucial. Era necesario constituir una elite de dirigentes sociales con proyección política, que puedan funcionar como líderes en una escala barrial. En este aspecto, el proyecto de Lamarca coincidía con el de Grote. Pero su proximidad con los CO se notaba, particularmente, en la superposición de sus miembros. La LSA contaba con la adhesión de los ya mencionados Santiago O’Farrell y Alejandro Bunge, y de los sacerdotes Gustavo J. Franceschi y Miguel de Andrea. En el manejo de los asuntos del campo –dónde la LSA trabajó intensamente mediante la creación de Cajas Rurales- se destacaba una nueva figura, José Serralunga Langhi. Todos estos personajes estarán relacionados más adelante con la organización de la entidad contrarrevolucionaria que acumuló más poder en la década del veinte: la Liga Patriótica Argentina.

---

<sup>23</sup> Martín, M.P., op.cit., p.258

<sup>24</sup> Martín, M. P., op.cit., p.254

### *La semana trágica*

Entre 1914 y 1919 la depresión económica incitó un nuevo dinamismo en el movimiento obrero. Aumentaron las huelgas y crecieron los sindicatos. Para 1919, la FORA del IX Congreso había alcanzado a tener 83000 afiliados, el 16% de la mano de obra porteña<sup>25</sup>. Mientras tanto, el mundo era escenario de grandes convulsiones. En 1917 el triunfo de la revolución rusa había convertido la utopía comunista en un futuro posible. En toda Europa los trabajadores hacían huelgas, se rebelaban y ocupaban fábricas. La débil República de Weimar había sufrido una fuerte sacudida, que casi la derriba, por las rebeliones espartaquistas. En Chile las huelgas también hicieron tambalear el sistema y en Uruguay una conspiración ‘maximalista’ había estado cerca de tomar el poder. En este contexto, no era del todo insensato pensar que una revolución podría estar a la vuelta de la esquina. El gobierno de Yrigoyen no parecía ser, además, ningún garante del orden. Aunque su ‘obrerismo’ nunca fue más que un vaivén pragmático entre discursos conciliadores y represión, las clases dominantes lo ubicaban más a la izquierda de lo que realmente estaba y vivían los conflictos obreros con gran temor.

Cuando la huelga de los talleres Vasena desencadenó una serie de enfrentamientos entre las fuerzas de seguridad y los obreros, ciertos representantes de la clase acomodada decidieron tomar riendas en el asunto. Comenzaron a funcionar, entonces, grupos de civiles armados que, para ‘defender a la patria’ atacaron a la clase obrera y los barrios populares. El 10 de enero de 1919 dismantelaron locales sindicales y bibliotecas, imprentas de periódicos, y centro culturales de los trabajadores. En los barrios de Once y Villa Crespo destruyeron espacios de la colectividad judía y asaltaron casas particulares. Mataron, por lo menos, a una persona e hirieron a otras setenta<sup>26</sup>. Ese mismo día, se había descargado un camión con “una gran cantidad de armas y ametralladoras”<sup>27</sup> en la sede central de los CO.

Desde las filas de las “guardias blancas” destinadas a proteger al país de la amenaza socialista, surgió la ‘Liga Patriótica Argentina’. Bajo el lema “Patria y Orden”, la institución funcionó como un movimiento paramilitar. Con sedes en varias provincias, se dedicó a reprimir todo movimiento huelguístico a través de iniciativas

---

<sup>25</sup> McGee Deutsch, *Contrarrevolución en la Argentina. 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2003, p.77

<sup>26</sup> Mc Gee Deutsch, op.cit., p.83

<sup>27</sup> Rapalo, M.E., cita ‘*La Vanguardia*’ del 11 de enero de 1919, op.cit., p.99

coercitivas y el reclutamiento de ‘trabajadores libres’ que anulen las huelgas. Sus actividades se desarrollaban en alianza con la Asociación del Trabajo, otra organización patronal destinada a disciplinar a los obreros. Las dos instituciones operan como símbolos del movimiento contrarrevolucionario que definió las primeras décadas del siglo XX. Se mencionan aquí, porque los CO estuvieron estrechamente relacionados con ambas. Monseñor de Andrea participó en la fundación de la Liga, Santiago O’Farrell era miembro de la Primera Junta Directiva, a la que se incorporaron después más miembros de la CO. Quién en 1919 era presidente de la Junta Central de los Círculos de Obreros, el doctor Lorenzo Anadón, también formó parte de las primeras reuniones de la Liga<sup>28</sup>. Emilio Lamarca y Gustavo Franceschi demostraron su apoyo a la institución. Como se señaló antes, ya durante la Semana Trágica la sede central de los CO había sido utilizada para almacenar armamentos, y varias parroquias en las que se organizaban las mutuales de los Círculos oficiaron como espacios de propaganda de la LP.

#### *Mientras tanto la Iglesia...*

Si en la década de 1880 los movimientos católicos se organizaron a partir del enfrentamiento contra el Estado Laico, desde de la segunda presidencia de Roca Iglesia y Estado se habían ‘reacomodado’. Los mayores enemigos del catolicismo eran ahora los socialistas y los anarquistas. Estos grupos atacaban explícitamente a la Iglesia, a la que acusaban de ser una aliada de la clase dominante, y restringían su dominio en ámbitos donde la religión había sido muy influyente. Frente a la amenaza que significaban sus discursos, no sorprende que la Iglesia haya buscado aliarse con el sector más conservador de la sociedad. La autoridad de clase dirigente era un baluarte frente al avance de los nuevos adversarios. La lucha contra las izquierdas era, además, un factor de cohesión dentro de las distintas tendencias que comenzaban a perfilarse en el mundo católico. Si algo queda demostrado a partir de la relación de la Iglesia con la Liga Patriótica es la prioridad absoluta que representaba la amenaza comunista para su doctrina.

La alianza con el poder no era, sin embargo, incondicional. Después de todo, el gobierno seguía siendo predominantemente liberal, y para muchos católicos, en el liberalismo estaba en el origen de la decadencia moral que azotaba al país. La Iglesia

---

<sup>28</sup> Rapalo, M.E., op.cit., p.100

estaba atravesando, además, un proceso de organización y profundización que aspiraba a constituir una estructura institucional más férrea. Había que despertar a los fieles y uniformizar las prácticas. Dos herramientas resultaban fundamentales para la afirmación de la presencia católica: la prensa y la educación. Hasta los años treinta, el periodismo no logró alcanzar la importancia esperada. El objetivo era difundir una ideología confesional y desafiar el monopolio de la prensa liberal. Apenas comenzó el siglo XX, sin embargo, el único periódico católico que en los ochenta había alcanzado cierta relevancia, *La Voz de la Iglesia*, tuvo que cerrar. Solo el padre Grote le dio un poco de dinamismo a el mundo editorial católico al fundar distintos diarios –*La Defensa* (1895-1898), *La Voz del Obrero* (1899-1902), *El Trabajo* (1908-1915) y *El Pueblo*, creado en 1900- , pero en ningún caso logró acercarse al fin propuesto. La educación religiosa a nivel escolar, en cambio, si llegó a competir con la educación laica. Al parecer, las mismas autoridades civiles lo percibieron como un complemento<sup>29</sup>.

No había pasado desapercibido para la Iglesia la importancia que tenían los medios modernos para difundir las ideas católicas. En la campaña por reconquistar un lugar en la vida política se adoptaron, entonces, los mismos instrumentos que priorizaban sus adversarios. La ecuación, sin embargo, relegaba el problema de la ‘cuestión social’ a un segundo plano. Como lo político, lo social significaba un riesgo para la uniformidad del frente católico. La Iglesia buscaba expandir sus influencias en el mundo público pero manteniéndose por encima de la lucha facciosa. Di Stefano y Zanatta insisten en la importancia que tuvo en este período “centralizar” y “jerarquizar”<sup>30</sup>. Toda acción debía ser sometida a la disciplina eclesiástica para no sufrir el mismo pluralismo que estaba dividiendo la sociedad. En este marco, los proyectos de Grote, Lamarca, etc. resultaban algo molestos. Tanto los Círculos como las distintas Ligas debían su existencia casi exclusivamente al espíritu emprendedor de sus fundadores, y si bien podían resultar útiles para la eventual “recristianización” de la sociedad, tenían demasiada autonomía. En 1919 se creó, entonces, una asociación destinada a encauzar estas iniciativas en un movimiento más amplio y general –y subordinado a las órdenes de la jerarquía eclesiástica-: ‘La Unión Popular Católica Argentina’. A partir de este momento, toda asociación laical estaba obligada

---

<sup>29</sup> Di Stefano, R. y Zanatta, L., *Historia de la Iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, 2000, p.395

<sup>30</sup> *Ibíd.*

a incorporarse a la UPCA y someter sus estatutos a la aprobación de las nuevas autoridades. Por su carácter de federación, que compartía con la nueva institución, la 'Liga Social Argentina' tuvo que disolverse. La Unión pretendía organizar la acción a través de tres Ligas: la Liga Argentina de Damas Católicas, la Liga Argentina Económico-Social y la Liga Argentina de la Juventud Católica. Sus actividades giraron en torno a la donación de servicios sociales, educación y construcción de viviendas. Una vez más, la dirigencia estaba copada por empresarios y profesionales con apellidos de elite<sup>31</sup>. Entre ellos, monseñor de Andrea ocupaba un lugar destacado. Muchos han considerado que una de las razones que explica la falta de éxito de la UPCA fue la el episodio en el que se rechazó de la candidatura de Miguel de Andrea en 1923. En un escándalo que implicó un distanciamiento diplomático entre el gobierno de Alvear y la Santa Sede, la candidatura del sacerdote fue descartada y ocupó su lugar en el arzobispado Bottaro. En todo caso, la asociación no alcanzó el arraigo que esperaba. A lo largo de la década del veinte el dinamismo inicial de la acción social católica fue languideciendo. Los objetivos habían sido, quizás, demasiado ambiciosos. Diez años después, sin embargo, una nueva organización conquistó el poder que no tuvo la UPCA. En la década del treinta, La Acción Católica Argentina determinó el camino que iba a emprender la Iglesia Católica nacional.

En este capítulo se ha pretendido exponer rápidamente los acontecimientos que consideramos importantes para armar, después, un relato sobre el Estado, la Cuestión Social y la Iglesia en la década del treinta. Entre 1891 y 1930, entonces, la Argentina vivió un período de crecimiento económico y grandes expectativas. En 1916 llegó la primera experiencia democrática, y con ella, la inclusión de nuevos sectores de la sociedad. La clase trabajadora, sin embargo, todavía permanecía al margen. Mientras tanto, los picos de conflictividad social, repartidos sobre todo entre los primeros años del siglo y 1920, provocaban distintas reacciones en la clase dirigente. Miedo, indignación y, a veces, cierto despertar de conciencia. A pesar del crecimiento, las condiciones de trabajo eran malas y algunos notaron que para aplacar la violencia y mantener todo en orden era necesario promover ciertas reformas. El mutualismo –y eventual cooperativismo- que proponía Grote tuvieron sin duda gran influencia entre los que se preocupaban por la cuestión. Su propuesta, sin embargo, no

---

<sup>31</sup> Martín, M.P., op.cit., p.348

terminaba de definirse. El sacerdote consideraba indispensable trabar alianzas con los sectores pudientes para llevar a cabo su iniciativa. La dirigencia de los Círculos Obreros estaba colmada, entonces, de figuras de la alta sociedad. Estos personajes superponían sus cargos en los CO con otras funciones en organizaciones explícitamente reaccionarias. No se pueden obviar estas cuestiones al estudiar el rol que cumplieron los Círculos en este momento. Pero tampoco se puede dejar de considerar otros temas. A medida que se desarrollaban organismos de estudios sociales y se ampliaba la institución eclesiástica, crecía el movimiento social católico y encontraba cada vez mayores diferencias entre sus vertientes. Al mismo tiempo, la Iglesia buscaba concentrar, igualar y ordenar sus fieles para erigirse como un ente autónomo frente a los demás actores políticos. La militancia laica, en este contexto, funcionó como disparador de nuevas discusiones en la esfera política y un nuevo dinamismo en el mundo eclesiástico.

## CAPÍTULO II

### **La Iglesia ante una nueva estructura social, política y económica, 1930-1943.**

El golpe militar del 6 de septiembre de 1930 terminó con la primera experiencia democrática de la Argentina. Poco tiempo antes, había comenzado una de las peores –si no la peor- crisis económicas del siglo XX. Mientras en el país se inauguraba una década definida por el ‘fraude patriótico’ que el gobierno utilizó sistemáticamente para mantenerse en el poder, en el mundo se puso término al orden comercial que había regido durante los últimos treinta años. Si desde fines del siglo XIX la exportación de materias primas le había asegurado a la Argentina un crecimiento sostenido, la paralización del comercio mundial que siguió al crack de Wall Street forzó al país a redefinir sus políticas. Fueron pocos, sin embargo, los que cuestionaron el tipo de desarrollo promovido hasta entonces. Todavía predominaba en el gobierno la voluntad de parecerse, en lo posible, al país agroexportador de otras épocas. Pero el escenario había cambiado; la caída de exportaciones e importaciones generaron un proceso casi involuntario de “industrialización por sustitución de importaciones”. Para 1939, el sector industrial había llegado a ser un 35% mayor que en 1930<sup>32</sup>. Los efectos de este desarrollo transformaron la sociedad. Las ciudades –y Buenos Aires en particular- fueron el destino de todos los trabajadores expulsados del interior por la crisis agropecuaria. Durante la tan mentada ‘Década Infame’, entonces, el país vivió un proceso de industrialización, urbanización y modernización. Fue en este contexto -de restricciones políticas pero mayor dinamismo en la sociedad- en el que la Iglesia Católica adquirió una escala nacional y masiva.

Al investigar este período es casi inevitable aludir -al menos tangencialmente- al peronismo. Después de todo, fue en estos años que se gestaron las circunstancias que después favorecieron la incomparable popularidad de Perón. Sin embargo, estudiar la década del treinta como una mera transición es quitarle importancia a una época que merece autonomía. En este capítulo vamos a intentar, por lo tanto, armar un relato de los cambios que atraviesan la sociedad, la Iglesia y el Estado en un período convulsionado por los acontecimientos en Europa.

---

<sup>32</sup> Gerchunoff, P. Llach, L., op.cit., p.142

### *Un nuevo escenario*

Si bien Yrigoyen llegó al poder con un gran apoyo de la opinión pública, para 1930 ésta había menguado considerablemente. Fueron varios los sectores que en septiembre festejaron la caída del gobierno radical. El apoyo al nuevo régimen, sin embargo, tampoco iba a durar demasiado. En 1931, unas nuevas elecciones mostraron un renovado entusiasmo por los radicales y el gobierno se vio forzado a anular los comicios. A partir de entonces, se recurrió al fraude en todas las elecciones, tiñendo la década del treinta con un halo de ilegalidad que opacó otras transformaciones. Los años que van de 1930 a 1943 fueron el escenario de un sinnúmero de cambios. Entre ellos se destacan los -ya mencionados- procesos de industrialización y urbanización. Pero durante la “Década Infame” hubo, además, una polarización de los discursos ideológicos. Ante la proliferación de regímenes extremistas que sacudían el mundo, se multiplicaron los debates acerca del sistema que los argentinos debían tomar como modelo. Para muchos historiadores la falta de democracia en este período fue un signo de los tiempos que corrían. Cuando Yrigoyen fue derrocado, el mundo ya había visto surgir los totalitarismos de Stalin y Mussolini, y pronto vería nacer el de Hitler. Para Halperín Donghi, en cambio, hay un contraste entre la falta de institucionalidad de muchos Estados occidentales y la voluntad de aferrarse a la viejas formas republicanas –al menos en apariencia- de los dirigentes argentinos. El historiador afirma que “los sectores políticos cuyo futuro dependía de la violación sistemática de los principios de la democracia representativa conservaban una suerte de lealtad residual por los mismos principios”<sup>33</sup>. Esta reticencia a abandonar la tradición republicana y liberal se nota, también, en las políticas económicas. Los cambios coyunturales que signaban el fin del modelo agroexportador nunca terminaron de percibirse entre los dirigentes. Por lo tanto, si bien existen muchas razones para afirmar que el país atravesó, en este momento, una “crisis del liberalismo”, no hay que perder de vista la permanencia de los viejos valores en los sectores tradicionales, cercanos al poder. Estos valores comenzaron a convivir con las nuevas ideas que se hicieron presentes a través de un desarrollo cultural y editorial, y permitieron el extenso debate ideológico que definió al período.

Gran parte de las discusiones giraban en torno al surgimiento de un nuevo escenario mundial, al que el país no terminaba de adaptarse. Después de la crisis de

---

<sup>33</sup> Halperín Donghi, T., *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003, p.15

1930, el intercambio comercial que tanto había favorecido a la Argentina en décadas anteriores fue remplazado por un creciente proteccionismo. El pacto Roca-Runciman ilustra la necesidad de encontrar un mercado y la tendencia general a favorecer los acuerdos bilaterales para mantener vivo el comercio. La progresiva inserción de ideas autárquicas en lo que habían sido grandes naciones comerciales estuvo acompañada por el crecimiento de un nuevo tipo de nacionalismo. En Europa Occidental crecía el miedo ante un Estado comunista que se mostraba cada vez más fuerte. Al mismo tiempo, se afianzaban los regímenes autoritarios de extrema derecha, enemigos del comunismo pero también revolucionarios en sus discursos. En este contexto, la Guerra Civil Española se presentó como un adelanto de los conflictos que después afectarían Europa. Durante la contienda, los franquistas contaron con una amplia colaboración del nazismo y los republicanos con una –menor- ayuda de la URSS. Entre ingleses y franceses, los valores republicanos se confundían con un miedo a la expansión comunista, y sus gobiernos se refugiaron en una neutralidad que se suponía general.

En Argentina, la guerra revivió en algunos “la moribunda llama de la tradición liberal”<sup>34</sup>. Muchos conservadores se solidarizaron con la República, aliándose los que se presumía eran sus mayores enemigos. Sin tomar partido de forma explícita, tanto el gobierno de Justo como el de su sucesor mantuvieron con la República relaciones diplomáticas –prudentes por supuesto- hasta su derrota final en 1939. Pero la opinión católica, con muy pocas excepciones, se alineó atrás de Franco. Lo trataban como el gran defensor de la Iglesia, un héroe al frente de una “cruzada” contra los comunistas. Durante la Segunda Guerra Mundial, estuvo menos definido cuál era el bando a defender. Era distinto lo que estaba en juego en el conflicto. Si el debate seguía siendo quién iba a defender la tradición católica, la respuesta ya no estaba tan clara. El episcopado argentino prefirió resguardarse tras una neutralidad prudente que unifique la opinión católica. Muchas publicaciones se guardaron, entonces, de hacer declaraciones muy específicas en cuanto a sus simpatías. Pero con la aparición del semanario *Orden Cristiano* en septiembre de 1941 esa alternativa ya no iba ser posible<sup>35</sup>. El órgano defendía de forma sistemática a los aliados y provocó una fuerte reacción entre aquellos que veían en la victoria alemana el único desenlace que no dañaría la Iglesia. La contribución de *Orden Cristiano* a avivar el debate entre

---

<sup>34</sup> Halperín Donghi, T., op.cit., p.102

<sup>35</sup> Halperín Donghi, T., op.cit., p.215

católicos no fue, por supuesto, apreciada por la jerarquía. De hecho, se censuró su publicación y se prohibió su venta en la salida de misa de varias diócesis. Pero los reclamos del semanario tenían su fundamento. Si bien el Estado permaneció neutral hasta prácticamente el final de la guerra, el Vaticano ya se había pronunciado a favor de los ingleses en 1941.

Mientras tanto, el país transitaba un período de desarrollo industrial que iba a transformar su distribución demográfica. Si bien la crisis de 1930 había provocado una disminución en la producción global de la industria, ya en 1933 comenzó a perfilarse una recuperación económica que permitiría el crecimiento industrial. Con el aumento en la ocupación, el mercado interno empezó a expandirse. Aumentaron los capitales disponibles y la mano de obra barata. Al mismo tiempo, se mantuvieron las tarifas aduaneras y el control de cambios instaurados para controlar la crisis. De esta manera, el valor de la producción industrial se triplicó entre 1935 y 1945<sup>36</sup>. A lo largo de la década, la proporción de obreros que habitaba las ciudades creció considerablemente. El origen de sus integrantes, además, estaba cambiando. La inmigración europea fue reemplazada por migraciones internas y el mundo obrero se vio invadido por trabajadores de origen rural. Los efectos de esta novedad ocuparon un lugar central a la hora de analizar la evolución del movimiento obrero en este período.

#### *Estado y cuestión social: el DNT*

Es difícil pensar en el desarrollo de la cuestión social durante estos años sin referirse a lo que, apenas después, despertó Perón. No es exagerado afirmar que todas las investigaciones que estudian la dinámica del movimiento obrero en este período están enmarcadas en el debate historiográfico sobre los orígenes del peronismo. En este texto, sin embargo, intentaremos mantenernos al margen de la discusión para exponer solamente los hechos relevantes a nuestro trabajo.

Cuando en septiembre de 1930 Yrigoyen fue depuesto por el golpe, las organizaciones obreras no se demostraron, en general, ni a favor ni en contra del nuevo régimen. La crisis económica ya comenzaba a sentirse y el gobierno radical no parecía tener respuestas para la nueva coyuntura. Ya en marzo, la caída de los votos que obtuvo el partido radical había revelado el descontento obrero con la política

---

<sup>36</sup> Del Campo, H., *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005, p.58

gubernamental. Las nuevas autoridades, sin embargo, no significaron una mejora en las condiciones económicas del sector. Si bien a partir de 1932 se fue reduciendo progresivamente el nivel de desocupación, durante toda la década del '30 el salario real –que había crecido de forma constante en los '20- permaneció estancado en un valor inferior al de 1929<sup>37</sup>.

La llegada de Uriburu al poder provocó restricciones para las libertades políticas. Con la revolución se estableció el estado de sitio y la ley marcial, y se limitó de forma considerable la actividad sindical. Los anarquistas fueron el objeto principal de las medidas represivas: el 11 de septiembre se fusiló un anarquista y pocos días después se clausuró el diario *La Protesta*. Además, las nuevas circunstancias políticas permitieron a los patrones desoír la legislación social instaurada durante el gobierno radical. A pesar de todo lo anterior, entre septiembre de 1930 y mayo de 1931 el Departamento Nacional del Trabajo tuvo por primera vez un rol más protagónico en el mundo laboral. Durante estos meses estuvo a cargo de la institución Eduardo Maglione, un protegido del entonces Ministro del Interior Matías Sánchez Sorondo. Maglione procuró hacer cumplir la legislación laboral e intensificó la función del DNT como regulador de los conflictos obreros. Pero con su renuncia se disolvieron estas iniciativas, y el DNT volvió a perder dinamismo. Recién en la segunda mitad de la década del treinta, después de la huelga de obreros de la construcción, el Departamento de Trabajo recuperó un papel más activo.

De todas maneras, es importante notar que ya las elecciones de noviembre 1931 habían traído ciertos cambios. Por un lado, se dio fin al estado de sitio y, a pesar de la persistencia del control policial, se reanimó el movimiento obrero. Por el otro, el Partido Socialista consiguió 43 bancas en la Cámara de Diputados, un número sin precedentes en la historia del socialismo argentino. Entre 1932 y 1935 se sancionaron 27 leyes sociales. Entre ellas, varias eran respuestas temporales al problema de la desocupación. Pero también estaban la ley 11.640 de sábado inglés, la 11.729, de vacaciones pagas e indemnización por despido y la 12.205, que obligaba a los patrones a proveer asientos para sus empleados<sup>38</sup>. Si bien la presencia de los socialistas tuvo mucho que ver con esta legislación, las iniciativas revelan cierta voluntad del Estado de aliviar las condiciones del mundo del trabajo. Sin embargo, las

---

<sup>37</sup> Del Campo, H., op.cit., p.67

<sup>38</sup> Matsushita, H., *Movimiento Obrero Argentino, 1930-1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1983, p. 100

leyes se aplicaron en contadas ocasiones y la represión siguió siendo la respuesta dominante ante el conflicto social.

El año 1936 se inauguró con una serie de enfrentamientos entre trabajadores y policías en los que hubo al menos seis muertos y decenas de heridos. El periódico *La Prensa* comparó estos acontecimientos con aquellos que en 1919 habían terminado en la Semana Trágica<sup>39</sup>. La agitación, que se había originado con un paro general en solidaridad con los obreros de la construcción, se presenta en la historiografía como un quiebre. Por un lado, puso de manifiesto un cambio en las formas de organización de los trabajadores. Por el otro, fue a partir de entonces que el DNT comenzó a funcionar regularmente como un intermediario entre los asalariados y la patronal. Diego Ceruso investiga la estrategia organizativa dentro de los nuevos sindicatos de la construcción, los textiles y los metalúrgicos para exponer la creciente influencia de los comunistas. Explica cómo, a través de comisiones internas, lograron ordenar el movimiento obrero. Los historiadores Gaudio y Pilone -con el objetivo de encontrar continuidades entre la década del '30 y el peronismo- analizan el Boletín Oficial del Departamento Nacional del Trabajo a lo largo de estos años. Encuentran que entre 1935 y 1943 hay cada vez más conflictos que se solucionan a partir de una intervención del Estado. Afirman del DNT, entonces, que

“sin que para ello mediaran disposiciones legales que así lo determinasen, sobre todo después de 1938, el organismo comenzó a tener una inserción cada vez más definida en el ámbito de las relaciones colectivas de trabajo, la cual llegó a transformarse ya no sólo en una práctica común sino además en una función orgánica específica, cuya legitimidad pasó a verse bastante consolidada hacia comienzos de la década del cuarenta.”<sup>40</sup>

Casi diez años después, Korzeniewicz hace una investigación que gira en torno a la misma idea. El autor asevera que, durante la década del '30, el movimiento obrero sufrió una serie de transformaciones que aumentaron su poder de negociación política. Esto generó una necesidad de mayor mediación estatal. El caso de la Federación Obrera Nacional de Construcción ilustraría este proceso. La FONC

---

<sup>39</sup> Korzeniewicz, R.P., “Las Vísperas del Peronismo. Los Conflictos Laborales entre 1930 y 1943” en *Desarrollo Económico* Vol. 33 N°131, 1993, p.16

<sup>40</sup> Gaudio, R. y Pilone, J., “Estado y relaciones laborales en el período previo al surgimiento del peronismo, 1935-1943” en *La formación del sindicalismo peronista*, Juan Carlos Torre compilador, Buenos Aires, 1988, p. 84

representa, por un lado, un ejemplo del nuevo modelo sindical industrial<sup>41</sup>: a partir de 1935, y de la mano de los comunistas, la entidad se organizó a través de dos nuevas instancias -el comité de empresa y los comités de obras- que le permitieron ejercer un mayor control interno sobre cuestiones como las mensualidades y la seguridad en el trabajo. Por el otro, priorizó la mediación estatal por sobre el enfrentamiento violento como método para resolver sus conflictos con la patronal. Fue de esta manera que se lograron establecer varios acuerdos sobre salarios, horarios y condiciones laborales.

La creciente intervención del DNT en los conflictos laborales contaba con el apoyo de varios sectores. Además de los propios trabajadores, ciertas entidades sociales y algunos políticos conservadores también vieron con buenos ojos una mayor intromisión del Estado en estos asuntos. El desarrollo del DNT podía implicar beneficios para los obreros, pero también permitía un mayor control estatal en los sindicatos<sup>42</sup>. En un momento en el que la influencia comunista dentro de estas organizaciones estaba en ascenso, este último punto resultaba fundamental. Pero el argumento que embanderaban -en público- algunos miembros de los círculos conservadores giraba más bien en torno a la urgencia que representaban las malas condiciones de vida del obrero. Era allí que se encontraba el germen de la izquierda extremista. En mayo de 1937, Miguel De Andrea pronunció un discurso en el que señaló estas cuestiones:

“Debo insistir en llamar la atención sobre un hecho que no se quiere comprender. En las filas del pueblo, el campo mejor dispuesto para los cultivos revolucionarios es el estómago más que el cerebro. El vehículo popular del comunismo no es la ideología, es el hambre!...Hoy la cruzada de la pacificación social está identificada con el mejoramiento social”<sup>43</sup>

De Andrea tenía una relación muy estrecha con el DNT. El sacerdote respaldó las actividades del Departamento a través de la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas, una institución en cierto sentido equivalente a los Círculos, pero de composición femenina. En 1936, elevó un petitorio sobre la aplicación de la ley 11719 al Congreso, con la expectativa de que el DNT atienda sus disposiciones. Un año después, dirigió directamente su pedido al mismo organismo estatal. Emilio Pellet Lastra -director del DNT entre 1939 y 1943- era, además, un invitado recurrente en la

---

<sup>41</sup> Ceruso, D., p. 4

<sup>42</sup> Korzeniewicz, R.P., op.cit., p.38

<sup>43</sup> Citado en Korzeniewicz, R.P., op.cit., p.31

Casa de la Empleada<sup>44</sup>. Tenía un trato muy cercano con De Andrea que, entre otras cosas, ejerció como mediador entre la FONC comunista y el DNT cuando en 1941 se desató una nueva huelga entre los obreros de la construcción. El lugar que ocupó el sacerdote en este momento es ilustrativo, para Miranda Lida, de los cambios que sufrió el Estado en estos años. Hubo un reconocimiento de parte del gobierno de los problemas que acuciaban al mundo obrero, y un mayor pragmatismo a la hora de lidiar con sus representantes.

### *Dos nuevos protagonistas: Iglesia y Ejército*

No faltan razones para presentar los eventos de septiembre de 1930 como el inicio de una nueva era para la Iglesia argentina. El derrocamiento de Yrigoyen significó un cambio en la relación entre la Iglesia y el Estado. A pesar de que en el nuevo gobierno todavía predominaba una ideología liberal, el golpe expuso las grietas que habían comenzado a surgir en la relación entre los dirigentes y esta tradición. Por primera vez, el sistema liberal se había mostrado vulnerable. Durante los primeros meses del gobierno de Uriburu, la prensa católica no perdió oportunidad para mostrarle su apoyo al régimen. El estado de sitio y otras medidas represivas hacia las asociaciones de izquierda habían suscitado gran entusiasmo en las filas católicas. El gobierno sancionó, además, la validez de los diplomas expedidos por escuelas religiosas y la “normalización” universitaria, dirigida contra los socialistas y los laicos en general<sup>45</sup>. Comenzó, además, un proyecto para fundar diez nuevas diócesis, que finalmente se inauguraron en abril de 1934. Pero el gran evento que signó el nuevo protagonismo eclesiástico fue la fundación de la iglesia castrense, el 11 de octubre de 1930. Iglesia y Ejército comenzaron, así, una relación que se iba a ir tornando más estrecha a lo largo de la década. El historiador Loris Zanatta encuentra que estas dos instituciones cumplen un papel fundamental en la transición a los años peronistas. Para Zanatta, a partir de 1930, la Iglesia vio en las Fuerzas Armadas un vehículo para la recristianización nacional. Los dos organismos eran instituciones corporativistas con una estructura jerárquica y un alcance nacional semejante. Pero la cúpula eclesiástica había percibido, sobre todo, cómo los militares emergían como un factor

---

<sup>44</sup> Lida, M., *Biografía de Monseñor Miguel De Andrea*, Buenos Aires, Edhasa, 2013, en prensa, cap. 8.

<sup>45</sup> Zanatta, L., *Del Estado liberal a la Nación Católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Bernal, 2005, p.54

de poder decisivo frente a la crisis del régimen liberal. La Iglesia emprendió entonces una reescritura de la historia nacional en las que las Fuerzas Armadas se erigían como custodia del catolicismo. Para la década del cuarenta, Iglesia y Ejército se habían afianzado en el imaginario colectivo como los depositarios de la tradición argentina.

En 1930, sin embargo, el Ejército estaba lejos de ser un bastión católico dentro de la sociedad laica, como la Iglesia pretendió más adelante. El liberalismo y la masonería eran entonces ideologías arraigadas entre los militares<sup>46</sup>. Fue con el nuevo régimen que se inició una intensa campaña a favor de una renovada presencia eclesiástica en los cuarteles. La importancia que le otorgó la jerarquía a esta cuestión se advierte en la elección de Monseñor Copello como vicario general del Ejército. No era habitual que un prelado de tanta importancia ocupe ese cargo. Fue Copello quién promovió la creación de la Iglesia castrense y aspiró a convertirla en un espacio de reunión y aculturación militar. Bajo su guía, el clero castrense adquirió prestigio y se alcanzó una mayor militarización del cuerpo de capellanes. En 1931 un artículo de la revista oficial del Arzobispado citaba a uno de ellos:

“Un capellán militar en un sermón se ha expresado de esta suerte: ‘Los militares ocupan un lugar preferencial en el corazón de Jesús’. ¿No habrá exageración en esto?”<sup>47</sup>

El autor de la publicación alegó que no la había. Ante la proximidad de las elecciones, la Iglesia buscaba afirmar la importancia del Ejército como su referente privilegiado. Durante la presidencia de Uriburu, entonces, se asentó la estrategia católica que buscaba hacer de las Fuerzas Armadas su gran aliado en la campaña contra el socialismo y el liberalismo. Se logró, sin duda, una mayor presencia del clero en los cuarteles. Cuando llegó el general Justo al poder, esta influencia ya estaba instalada.

Las elecciones de mayo de 1931 habían representado una –ligera– amenaza al nuevo orden que parecía imponerse desde el golpe. Frente a la posibilidad de un retorno al radicalismo se manifestaron las diferencias en las posiciones políticas de los católicos. Una corriente nacionalista se había mostrado reticente a volver a la democracia. El sector más tradicional estaba menos preocupado. Ningún resultado alteraría la vieja estructura social. La victoria radical en la provincia de Buenos Aires produjo, sin embargo, un cambio en las definiciones católicas. Para la campaña

---

<sup>46</sup> Zanatta, L., op.cit. p.32

<sup>47</sup> Citado en Zanatta, L., op.cit., p.84

electoral de noviembre, conservadores y nacionalistas coincidieron en apoyar la candidatura de Justo. El general era un mal menor ante la Alianza Democrática de los socialistas y los demo progresistas. Los eventos en España exacerbaban el miedo ante el peligro comunista y transformaron las elecciones en una contraposición entre patria cristiana y subversión extranjera. En este contexto, la Iglesia hizo sentir el peso de su influencia. El 3 de octubre de 1931 los obispos publicaron una pastoral colectiva en la que prohibía a los católicos votar por aquellos que buscaran la separación entre la Iglesia y el Estado. A fines del mismo mes, los Círculos Católicos de Obreros convocaron una manifestación callejera. Ante la ausencia del partido radical, la elección se barajaba entre “Dios o Lenin”<sup>48</sup>. De cierta manera, la Iglesia se había apropiado de la campaña electoral.

Con el nuevo presidente se mantuvo una actitud de cooperación. En vistas de la cercanía del Congreso Eucarístico Internacional y la creación de nuevas diócesis, la jerarquía eclesiástica no quería perder la colaboración del gobierno. La falta de legitimidad del general Justo, a su vez, tornaba necesario el apoyo de la Iglesia. Entre los católicos, sin embargo, el nuevo Congreso era objeto de fuertes críticas. De los 157 diputados, 86 habían jurado sólo por la Patria, evitando nombrar a Dios y a los Evangelios<sup>49</sup>. Entre los diputados había, además, un importante grupo de socialistas. La opinión católica buscaba, entonces, separar a Justo de la influencia parlamentaria. De esta manera, Justo se veía sometido a las presiones opuestas de la Iglesia, por un lado, y del Congreso todavía mayoritariamente laico, por el otro. Pero bajo el fantasma de la amenaza comunista, esta confrontación menguaría rápidamente. En 1934, el Congreso Eucarístico Internacional exhibió la solidez que había alcanzado la colaboración entre católicos y gobierno.

### *El Congreso Eucarístico Internacional*

La celebración del XXXII Congreso Eucarístico Internacional en Buenos Aires fue, desde todo punto de vista, un éxito. Durante tres días hubo en la capital una masa de manifestantes que festejaban el acontecimiento. La recién incorporada cámara de cine registró los eventos con un tono épico. A la par de unas imágenes de las grandes masas movilizadas, un relator describe las circunstancias con eficacia:

---

<sup>48</sup> Gustavo Franceschi citado por Zanatta, L., op.cit., p. 67

<sup>49</sup> Zanatta, L., op.cit., p.10

“El santísimo se aproxima a la gran cruz de Palermo. Rodean la plataforma con sus dalmáticas de blanco y oro los párrocos de Buenos Aires. Detrás, a lo largo de todo el recorrido de la Avenida Alvear, incontables millares de hombres han seguido al santísimo. Son las secciones de la Acción Católica, son los treinta mil afiliados de los Círculos de Obreros de Buenos Aires, son los integrantes de la Juventud, son los congregantes Marianos, son los estudiantes secundarios y universitarios. Ha sido en verdad un paseo triunfal. La fraternidad de los pueblos de América y del mundo dan un carácter único a este homenaje. Se une la tierra con el cielo por que no puede haber unión más íntima y más profunda que la establecida en este sentido por el sacramento del amor. En esta tarde Palermo es la capital de la cristiandad pues una red sonora, que parte de su ámbitos, una red sonora de plegarias, cantos, súplicas y bendiciones rodea el planeta entero.”<sup>50</sup>

Se estima que fueron cerca de cuatrocientas mil personas las que marcharon por la ciudad en esos días<sup>51</sup>. Las anchas avenidas, parques, museos y tranvías recibieron, para la ocasión, un aluvión de turistas del interior. Atraídos por la propaganda de los medios de comunicación –prensa, radio y gramófono- llegaron para formar parte de un acontecimiento que les permitió, a la vez, admirar la modernidad de una capital transformada<sup>52</sup>. Tanto en la historia de la Iglesia como en la historia nacional el Congreso permaneció como, como dice el relator, un “paseo triunfal”. Era la primera vez que se festejaba en América del Sur un evento como éste y fue un gran honor que Buenos Aires hubiese sido elegida para recibirlo. La ciudad ya había sido escenario de otras movilizaciones católicas. Desde principios del siglo XX distintas agrupaciones laicas organizaban desfiles y movilizaciones. A lo largo de las décadas del '10 y del '20 los Círculos de Obreros armaron, periódicamente, una movilización por año. Pero el Congreso Eucarístico tuvo otra escala. Excedió los límites de la movilización religiosa y reflejó una nueva tendencia en la sociedad argentina: la presión de las masas por ocupar un espacio cada vez mayor en la vida pública<sup>53</sup>.

El Congreso fue, además, un símbolo de la nueva centralidad política que habría adquirido la Iglesia. El gobierno hizo lo posible por aparecer ligado al evento. El general Justo pronunció una oración en el mismo escenario que el Cardenal Pacelli

<sup>50</sup> Transcripción de un video del Congreso, <http://www.youtube.com/watch?v=8aqhLyui5dg>

<sup>51</sup> Lida, M. “La Plaza de Mayo de los católicos (1910-1944)” en Lobato, Mirta, *Buenos Aires: manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*, Biblos, Buenos Aires, 2011p.120

<sup>52</sup> Lida, M. “Mitos y verdades del XXXII Congreso Eucarístico Nacional, 75 años después” en *Criterio*, noviembre 2009

<sup>53</sup> Lida, M. *Ibíd.*

–futuro Pío XII- . Son varios los autores que explican este acercamiento desde el oportunismo del presidente, que pretendía encontrar en la religión la legitimidad que no obtenía por los votos<sup>54</sup>. Poco importa la sinceridad de la relación, lo cierto es que a partir de este momento la relación entre gobierno e Iglesia adquirió un tono oficial. Zanatta insiste en este factor y menciona la función del Ejército en las jornadas eucarísticas. Todos los militares participaron unánimemente. Para el investigador, esto fue una afirmación del concepto de nación católica que confería a las Fuerzas Armadas un rol de preeminencia.

### *Prensa Católica*

A lo largo de la década del treinta, la industria cultural argentina experimentó un gran crecimiento. El mundo católico no se mantuvo ajeno a esta expansión. Sus publicaciones alcanzaron, en este momento, una difusión inédita. En 1932, en el diario *El pueblo* se afirmaba: “la influencia del diarismo liberal ha de ser quebrada por el diario católico”<sup>55</sup>. Si bien la prensa católica nunca llegó a significar una verdadera competencia para los periódicos liberales, el diario citado -y su Editorial *Difusión*- junto con el semanario *Criterio* vivieron en estos años su época de oro, y se convirtieron en los principales portavoces de la prensa católica. Las dos publicaciones no competían entre sí. La primera buscaba dirigirse a un gran público y promovía todo tipo de estrategias para ampliarlo. La segunda, en cambio, tenía un perfil más erudito y solía limitar sus lectores a los grupos intelectuales. Además de la prensa, la radio también ocupó un papel de importancia. Las emisiones católicas se multiplicaron y por los estudios radiofónicos circularon importantes figuras del clero.

Como señalamos antes, la publicidad en los medios ocupó un rol fundamental a la hora de atraer a las masas al Congreso Eucarístico Internacional. La prensa y la radio resultaron cruciales para difundir las disposiciones del evento. Al mismo tiempo, para *El Pueblo*, el Congreso se presentó como una oportunidad. Su carácter internacional representaba la posibilidad de que el periódico pudiera darse a conocer en el mundo. En 1933 fundó, entonces, una agencia de noticias internacional, y a lo largo del Congreso refirió a todos los hechos en cuatro idiomas. También aprovechó

---

<sup>54</sup> Ciria, Rouquié y Navarro Gerassi entre otros.

<sup>55</sup> Citado en Zanatta, L., op.cit., p.132

las circunstancias para modernizarse, y adoptar el formato tabloide<sup>56</sup>. Estas preocupaciones serían ilustrativas de la voluntad del diario de adaptarse a los tiempos modernos y acrecentar sus ventas. Si bien Zanatta presenta a *El pueblo* como un bastión de los sectores tradicionalistas del catolicismo, muy encerrado en las pautas oficiales, Lida encuentra en la publicación una cierta autonomía con respecto al episcopado y una fuerte ambición por transformarse en un gran diario argentino. Para la historiadora, entonces, “el Pueblo tuvo que esforzarse por hacer de la doctrina algo atractivo para un lector popular, fácil de leer para un público de masas sin mayor formación doctrinaria, teológica o dogmática y sin especial predilección por este tipo de lecturas”<sup>57</sup>.

Estas características marcaban la diferencia entre *El Pueblo* y *Criterio*. Creado en 1928, el semanario bordeó la ruina hasta el cambio de dirigencia en 1932, cuando Gustavo Franceschi se hizo cargo. A partir de entonces, se inauguró para la revista una época extraordinaria. El peso intelectual de Franceschi transformó al periódico en un referente ideológico del pensamiento católico. Sus artículos consiguieron orientar la opinión pública y a las élites cultas. El debate que se desató entre *Criterio* y la prestigiosa revista *Sur* cuando se desencadenó la Guerra Civil Española -y en especial después de la visita de Jacques Maritain a Buenos Aires en 1936- reafirmó la reputación de la publicación católica como referente cultural.

### *La Acción Católica Argentina*

En abril de 1931 se creó la Acción Católica Argentina. Era la sucesora de una entidad con los mismos objetivos pero menos éxito: la Unión Popular Católica Argentina. Como la UPCA, la ACA se creó con el fin de encauzar todas las iniciativas laicas en una misma institución, controlada por la jerarquía eclesiástica. El proyecto se había diseñado desde el vaticano. El padre Caggiano, y algunos otros sacerdotes argentinos, habían pasado varias temporadas en Roma planeando cómo debía ser su desarrollo. En aquel momento, no previeron la rapidez con la que creció la asociación. Durante la década del '30, la ACA se convirtió en el motor del movimiento católico y acabó por definirse como su vanguardia. Zanatta afirma que “con ella, la Iglesia contó con un instrumento con el cual emprender la recristianización integral de la

---

<sup>56</sup> Lida, M., *La rotativa de Dios. Prensa católica y sociedad en Buenos Aires: 'El Pueblo'. 1900-1960*, Biblos, Buenos Aires, 2012, p.106

<sup>57</sup> Lida, M., op.cit., p. 100

sociedad”<sup>58</sup>. Fortunato Mallimaci también encuentra allí una pieza fundamental del catolicismo de los treinta. Según el autor, fue desde ACA que la jerarquía eclesiástica pudo acceder a todas las clases sociales y crear una ‘milicia’ o ‘un nuevo ejército operativo’ en vistas de recristianizar a la Argentina<sup>59</sup>. En los últimos años distintas investigaciones han buscado matizar esta imagen, definiendo los límites a los que se tuvo que enfrentar la asociación.

Organizada a través de las parroquias, la ACA cumplía con una gama de funciones casi ilimitada; buscaba intervenir en la vida de los fieles a través de todos los aspectos posibles. Toda actividad era viable mientras estuviese controlada por la jerarquía. De esta manera, los espacios de autonomía del mundo católico fueron sacrificados en favor de la imagen de un catolicismo unificado. Fue así, que los diarios *El Pueblo* y *Criterio* tuvieron que adecuarse a las directivas de las autoridades eclesiásticas. Y que todo proyecto que pudiese poner en riesgo la uniformidad del mundo católico debió ser abandonado; la idea de un partido político de los católicos se derrumbó, de esta manera, definitivamente<sup>60</sup>. El padre Caggiano cumplió un rol esencial a la hora de limitar la independencia de los seglares. Caggiano representó, también, el vínculo de la ACA con los militares, ya que además de asesor eclesiástico de la Acción Católica fue vicario general de la Fuerzas Armadas. Para Zanatta, el sacerdote fue “el artífice de la consolidación institucional de la unión entre Ejército y la Iglesia”<sup>61</sup>.

La voluntad de centralización y control de la ACA necesitaba de una estructura fuertemente jerarquizada. La asociación se dirigía desde una Junta Central: la autoridad máxima y la responsable de la orientación de todos los consejos superiores de las ramas. Cada rama formaba, a su vez, una organización federal propia con reglamentos y normas propias. Esta misma estructura se repetía a nivel diocesano y a nivel parroquial, siempre con la presencia de un asesor y vice-asesor eclesiásticos que tenían la última palabra<sup>62</sup>. Jessica Blanco estudia su funcionamiento para matizar la imagen de la ACA como “el brazo ejecutor de la jerarquía

---

<sup>58</sup> Zanatta, op.cit.,p. 76.

<sup>59</sup> Mallimaci, F., *El catolicismo integral en la Argentina, 1930-1946*, Buenos Aires, Fundación Simón Rodríguez, 1988, p.32

<sup>60</sup> Zanatta, op.cit., p.78

<sup>61</sup> Zanatta, op.cit., p.148

<sup>62</sup> Blanco, J., “La Acción Católica Argentina y su conformación como espacio público (1931-1941)” [www.historiapolitica.com.ar](http://www.historiapolitica.com.ar), 2006

eclesiástica”. La historiadora sostiene que su estructura no fue tan rígida y piramidal como parece. En la práctica, la verticalidad que partía del papado, seguía en los obispados y terminaba en las parroquias, era más un ideal de romanización que una realidad. Si bien el cuerpo episcopal se reservaba el monopolio interpretativo de las encíclicas, esto no significó una acatamiento literal de los mandatos en las bases de la asociación. Blanco asocia estas libertades con ciertos rasgos modernos de los que sería objeto la ACA. Sin negar que la asociación se presentó como una defensora de la tradición de la Iglesia en una cruzada en contra de la sociedad moderna, afirma que la entidad hizo un uso remarcable de ciertos recursos de la modernidad.

Se ha buscado matizar un segundo aspecto de la ACA: su dinamismo y relevancia en la reconquista católica de la sociedad. Omar Acha hizo un estudio sobre la evolución cuantitativa de su afiliación, para establecer una imagen más precisa sobre esta cuestión. El investigador encuentra que hasta 1934, la asociación tuvo un ritmo de crecimiento muy intenso. Frente a la eficaz creación de círculos y centros, la estructura institucional de la Iglesia Católica resultaba insuficiente. Incluso después del impulso ocasionado por la creación de nuevas diócesis en 1934, los párrocos se quejaban de una sobrecarga de trabajo. Este aumento de círculos, sin embargo, no estuvo acompañado por un crecimiento proporcional en la cantidad de socios<sup>63</sup>, que crecían, pero a un ritmo mucho menor. Para algunos dirigentes de la ACA esto no representaba un problema. Creían que era importante concentrar las energías en educar una selección de militantes dentro de los estratos acomodados; ellos se ocuparían, después, de difundir los valores católicos tradicionales. Otros insistían, en vez, en la necesidad de impulsar una inserción masiva en la sociedad civil. En este grupo se destaca el economista Francisco Valsecchi, principal promotor del censo profesional entre agosto y septiembre de 1934. El censo establecía qué proporción tenían las distintas profesiones entre los afiliados a la ACA. Así, se pudo saber que el las mujeres jóvenes y adultas con “vida de hogar” representaban el grupo más importante, eran el 38,5%, de la asociación. Un segundo grupo relevante era el de los “profesionales”, donde predominaban las maestras. Si tomamos exclusivamente a los varones adultos, la mayoría eran trabajadores “de artes y oficios” –categoría que incluye a los trabajadores cuentapropistas y donde sólo el 1,3% eran obreros de fábrica-, seguidos por una gran cantidad de “patrones”. El apoyo más sólido de la

---

<sup>63</sup> Acha, O., “Notas sobre la evolución cuantitativa de la afiliación en la Acción Católica Argentina (1931-1960)”, [www.historiapolitica.com.ar](http://www.historiapolitica.com.ar), 2007, p.10

ACA estaba, entonces, entre las amas de casa, los patrones rentistas, los profesionales y los estudiantes. Dentro de la composición laboral, la clase obrera esta prácticamente ausente<sup>64</sup>. La asociación siguió creciendo después de 1934, pero el crecimiento seguía apoyándose más en los centros y círculos nuevos que en socios nuevos, lo que nos lleva a pensar que la proporción de obreros siguió siendo más o menos la misma a lo largo de la década.

A pesar de esto, el debate que se extendió entre 1933 y 1934, y que culminó en la creación del Secretariado Económico y Social, revela la existencia de una preocupación en la ACA por la cuestión obrera. Asimismo, a partir de estas fechas, fueron cada vez más las declaraciones y eventos católicos que aludieron a la cuestión social. En mayo de 1936 el obispado emitió una pastoral que ilustra esta tendencia. La publicación condenaba las injusticias que sufrían los trabajadores, afirmando que la solución no estaba ni en la lucha clases ni en la búsqueda ciega de riqueza. Proponía una “tercera vía”, cristiana, anticomunista y anticapitalista<sup>65</sup>. Ninguna de estas aseveraciones era particularmente novedosa o radical. Hace tiempo existían en el catolicismo social ideas más drásticas. Pero si representó un cambio significativo que hayan sido plasmadas en una pastoral del Episcopado. Zanatta atribuye el documento a la nueva composición sociológica y generacional de los obispos, que se había renovado con la creación de nuevas diócesis. En 1937, el Episcopado encargó a la ACA la organización de la Primera Semana de Estudios Sociales, dedicada a la encíclica “Divini Redemptoris”. En ella, Caggiano subrayó la urgencia de que la ACA iniciara una campaña entre los obreros y, con la creación de una sociedad corporativa en la mira, comenzara a formarlos como dirigentes sindicales. No fue hasta la creación de la Juventud Obrera Católica en 1941, sin embargo, que se alcanzó cierto dinamismo en la militancia católica del sector. De todas formas, este activismo social de catolicismo tuvo su peso en el gobierno. Durante la presidencia de Justo comenzaron a discutirse en el Congreso los proyectos de ley sobre la protección de obreros de la construcción, las organizaciones profesionales, las viviendas obreras, el salario mínimo y familiar; todos proyectos defendidos por los católicos. Asimismo, el DNT se dirigió en varias ocasiones al secretariado económico-social de la ACA solicitando sugerencias<sup>66</sup>.

---

<sup>64</sup> Acha, O., op.cit. p.13

<sup>65</sup> Zanatta, L., op.cit. p.213

<sup>66</sup> Zanatta, L. op.cit., p.330

### *La Iglesia y el golpe de 1943*

Cuando en 1938 Ortiz fue designado presidente, predominaba en la Iglesia una sensación de seguridad. Para Zanatta:

“el movimiento católico había construido un edificio estable: el descrédito de las instituciones y de la clase política habían favorecido la difusión de su pensamiento; había sabido proponerse como la corriente de ideas antisistémica más fuerte y mejor organizada; había elaborado una revisión de la historia nacional a la que remitirse; había sabido captar a tiempo el carácter nuevo y decisivo de la cuestión social y de la modernización de la estructura económica, había comenzado a conquistar autonomía respecto de las clases privilegiadas y, finalmente, había sido capaz de imbuir al Ejército de su ideología.”<sup>67</sup>

Pero la nueva presidencia iba a desajustar esta confianza. Ortiz, el primer civil que dirigía el país desde 1930, había sido ministro de Alvear y provenía del radicalismo. Sin ser anticlerical, se acercaba más bien al liberalismo moderado de los políticos de principios de siglo. Esta situación provocó ciertas tensiones que se iban a incrementar con el rumbo que tomó su mandato. El presidente intentó destituir el fraude y volver a darles credibilidad a las instituciones liberales que la Iglesia pretendía hacer desaparecer. Su proyecto tuvo ciertos logros pasajeros pero fracasó. Esto se debió en parte a la enfermedad que lo obligó a delegar el poder en 1940. Lo sucedió su vicepresidente Castillo, más conservador en sus políticas. Castillo no siguió con las iniciativas de su predecesor y descartó toda posibilidad de retorno al laicismo, pero la Iglesia ya se había asentado como opositora y no podía volver atrás. Después de las iniciativas de Ortiz, el catolicismo ya no podía seguir defendiendo el fraude electoral y tampoco podía bregar por una vuelta a la democracia. Una victoria de los radicales, o peor, de los socialistas, podía desplazarla de su lugar de poder. Para los católicos era necesario, entonces, construir un todo un régimen político y social basado sobre principios radicalmente diversos a los del liberalismo clásico<sup>68</sup>.

Desde 1938, tanto *Criterio* como *El Pueblo* habían asumido una actitud de radical oposición al gobierno y al sistema político. Franceschi escribía desde el semanario que urgía una reforma constitucional y un gobierno más fuerte. Proyectaba la construcción de un sistema que permitiese la colaboración entre las corporaciones,

---

<sup>67</sup> Zanatta, L., op.cit., p.237

<sup>68</sup> Zanatta, L., op.cit., p.247

de modo tal que los sectores menos favorecidos resulten beneficiados. Por supuesto, esta ‘emancipación’ de las clases inferiores debía ser promovida y dirigida desde arriba en el seno de un sistema rígidamente jerárquico<sup>69</sup>. Frente a estas afirmaciones revolucionarias, las reivindicaciones sociales del socialismo y del radicalismo parecían haber quedado en un segundo plano, atadas como estaban por su legalismo al régimen conservador. El 15 de diciembre de 1940 los obispos hicieron conocer una pastoral colectiva en la que denunciaron la desocupación, los salarios injustos y las normas legales no respetadas, entre otras cuestiones. Por primera vez, el episcopado hacía alusión de forma explícita a los problemas de la clase obrera. La pastoral tomaba como destinatario al gobierno. Era el Estado quien debía garantizar un salario obrero adecuado, y quien debía promover una legislación que protegiera al trabajador, funciones que parecería no haber estado cumpliendo hasta entonces.

Es en este contexto que Zanatta ubica el surgimiento de un “populismo católico”, organizado principalmente en torno a la ACA y la Juventud Obrera Católica. Para el autor, estos “populistas” rechazaron el tradicional paternalismo católico que creía solucionar el problema obrero estimulando la ‘generosidad’ de las clases pudientes y buscaron resolver las injusticias sociales a través de organizaciones profesionales. En ningún caso, sin embargo, el ‘obrerismo’ de estos católicos promovió la politización de los trabajadores, ni cuestionó el lugar que ocupaban en la sociedad. Sus ideas convivían, además, con un sector del catolicismo que permanecía igual de conservador y tradicionalista que antaño. Había por lo tanto, grandes distancias ideológicas dentro de la Iglesia. Pero hasta 1943 todavía las unía un objetivo: derrocar el orden liberal.

En este capítulo hemos intentado describir las transformaciones que sufrió el país entre 1930 y 1943. Al mismo tiempo, hemos tratado de ver cómo la Iglesia acompañó estos cambios, creció institucionalmente y alcanzó un nuevo lugar en la sociedad y en la política. Durante la ‘Década infame’ los valores liberales, que habían orientado el crecimiento del país y definido su identidad, entraron en crisis. En este contexto, la Iglesia se transformó en un actor político de peso y condicionó el accionar de los gobiernos. Su presencia adquirió un carácter cada vez más legítimo en

---

<sup>69</sup> Zanatta, L., op.cit., p.251

todos los ámbitos de la sociedad. Al mismo tiempo, la institución se tornó más permeable al nuevo pluralismo de ideas que inundaba la Argentina. Nuevos lenguajes dominaron sus declaraciones y las herramientas de la modernidad se mezclaron con las tradiciones. La cuestión social creció en importancia y comenzaron a ser cada vez más los sacerdotes que buscaron marcar una distancia con sus aliados tradicionales en la elite para acercarse al pueblo.

Los CO –ahora llamados Círculos Católicos de Obreros- vivieron, como toda institución eclesíástica en este momento, una etapa de crecimiento. Pero su evolución es pobre si se la compara con la gran expansión demográfica y el crecimiento sindical que caracterizaron el período. Queda entonces preguntarse qué lugar tuvo esta entidad dentro de los cambios que experimentó la Iglesia Católica y cuál fue su estrategia para influir en la nueva coyuntura. El estudio de la revista *Lábaro* es un a buena puerta entrada para resolver comenzar a resolver estos problemas.

### CAPÍTULO III

#### La revista *Lábaro* entre 1935 y 1943.

En este capítulo vamos a enumerar las características del órgano de prensa oficial de la Federación de los Círculos Católicos de Obreros. La publicación funciona como prisma de las ideas que atravesaron el pensamiento católico durante este período. También permite comprender qué lugar ocupó la FCCO dentro de la Iglesia argentina y cuál fue su relación con el gobierno. Si bien la revista se llamó originalmente *Labor*, en este trabajo se la va a mencionar siempre con el nombre que adquirió después de 1940 y que siguió utilizando hasta el presente: *Lábaro*. El motivo detrás del cambio no fue más que una cuestión de derechos y usar los dos términos complicaría nuestra exposición.

El primer ejemplar de la revista fue publicado en agosto de 1935. Desde entonces, y hasta el día de hoy, la FCCO contó con un nuevo número todos los meses. Para los propios autores, *Lábaro* llegó a ser “un órgano informativo y doctrinario, indispensable para el funcionamiento de los Círculos Federados”<sup>70</sup>.

#### *La revista*

Alrededor de ocho páginas conforman cada ejemplar de *Lábaro*. En ellas conviven informaciones sobre las distintas actividades de los Círculos con artículos sobre la falta de moralidad en el cine y explicaciones de las encíclicas papales. Hasta principios de los años cuarenta no hay un orden definido en relación a cuánto espacio y qué lugar debe ocupar cada tema. Distintas secciones aparecen y desaparecen mes a mes; si en mayo de 1937 se anuncia que van a haber tres nuevas secciones fijas – ‘Sección Juventud Obrera Católica’, ‘Sección Documental’ y ‘Sección Religiosa’-, en julio ya no hay ninguna. Ciertas cuestiones, sin embargo, se retoman con constancia. Los males del comunismo son enumerados todos los meses. A veces, con humor. Títulos como “En el paraíso moscovita”<sup>71</sup>, “Maravillas del Imperio soviético”<sup>72</sup> y “Honradez marxista”<sup>73</sup> encabezan artículos que dan detalles sobre los horrores que sufren los habitantes de la Unión Soviética. La guerra civil española es otro tema recurrente. Es una nueva oportunidad para representar a los comunistas como

---

<sup>70</sup> *Lábaro*, Mayo 1942.

<sup>71</sup> *Labor*, Julio 1937.

<sup>72</sup> *Labor*, Diciembre 1936.

<sup>73</sup> *Labor*, Enero 1937.

monstruos herejes que ponen en riesgo la civilización. Si el conflicto en la península incita discursos muy elocuentes, la Segunda Guerra Mundial apenas se menciona. Los cambios en la política nacional suelen aparecer muy tangencialmente. De tanto en tanto se hace alusión a ciertas actitudes de gobierno, pero las grandes noticias nacionales como las elecciones, o los cambios de gobierno, no aparecen.

La revista se dirige desde la Junta de Gobierno de la FCCO, en Buenos Aires. Presidente, asesores y secretarios reclaman a los Círculos información sobre sus actividades para después ordenarlas en las páginas de *Lábaro*. Al parecer, el contacto entre la Junta y los Círculos no es tan regular, porque más de una vez aparecen anuncios solicitando el envío de datos. Los artículos de doctrina suelen tener la firma de algún sacerdote que enseña en los ‘Centro de Estudios Sociales Cardenal Pacelli’ organizado por la FCCO, o de algún universitario que después publicita sus servicios en una sección catalogada como “Profesionales”. Tal es el caso del Dr. Magnasco, abogado, que escribe con frecuencia sobre el conflicto en España. Y de los presbíteros Federico Rademacher y Mariano Núñez de Mendoza, que exponen argumentos sobre la necesidad de ampliar el ejercicio del catolicismo para alcanzar mayor armonía social. Los alcances y límites de la revista se exponen en un artículo de 1938:

Con la creación del periódico “LABOR” no se quiso solamente que existiera un órgano meramente informativo que pusiera en comunicación a la Junta de Gobierno con las comisiones directivas de los Círculos; se quiso y se obtuvo algo más: que nuestro órgano informativo de las actividades generales, fuera a la vez el paladín doctrinario, el guía certero e intergiversable de los altos principios que se tuvieron como punto de mira al fundar –hace ya más de 45 años- nuestra actual potente Institución de reconocida gravitación en el escenario mundial. Estas dos etapas de “LABOR” se han cumplido sin mayores contratiempos y con indudable éxito. Pero hoy necesitamos iniciar una tercera etapa: que “LABOR” llegue gratuitamente a manos, primero de todos los Socios de los Círculos Católicos de Obreros de la República y después, la cuarta etapa, que llegue a la mayor cantidad posible de obreros<sup>74</sup>

A pesar del tono entusiasta, se revela aquí la dificultad para difundir la publicación, que no llega ni a manos de todos los socios. En 1941 la revista declara tener un tiraje de 15.000 ejemplares mensuales, mientras una publicación de las estadísticas institucionales, un año más tarde, menciona un número de socios cercano a 40.000.

---

<sup>74</sup> *Labor*, Julio 1938.

En un período en el que se piensa en la propaganda de la prensa como un factor fundamental a la hora de instaurar una doctrina, los redactores de *Lábaro* tranquilizan a sus lectores afirmando:

A Dios gracias, la mayor parte de nuestras filiales tiene su órgano propio de información y divulgación social.<sup>75</sup>

### *La Federación de los Círculos Católicos de Obreros*<sup>76</sup>

La FCCO funcionaba como, ante todo, como una mutual. Por una cuota mensual de dos pesos, los socios podían acceder a servicios cada vez más amplios. En 1943 éstos incluían el acceso a todos los consultorios de la clínica San José - inaugurada en 1938-, servicio médico a domicilio, un panteón y descuentos en farmacias. Estaba, además, la posibilidad de acceder a un Consultorio Jurídico Gratuito. Según *Lábaro* la asociación creció a un ritmo muy acelerado entre 1932 y 1942. A principios de la década del treinta contaba con 99 círculos, 22.050 socios, 38 edificios, y un patrimonio de 2.552.620 pesos. Diez años más tarde los círculos habían llegado a ser 151, los socios 39.546, los edificios 61 y el patrimonio había alcanzado los 4.390.086 pesos<sup>77</sup> (la suba en el patrimonio es particularmente notable si se considera que durante los años veinte había crecido en apenas unos miles). Entre los diversos factores que pueden explicar este crecimiento, las ventajas de la mutualidad ocuparon un lugar –al menos- relevante.

Si bien con la ‘primavera’ católica de la década del treinta, la FCCO recuperó el dinamismo que había perdido en los años veinte, su crecimiento pierde brillo cuando se lo compara con la expansión de la ACA. Cotejar las dos instituciones no es del todo acertado; la Federación era una mutual y la ACA cumplía otras funciones culturales, sociales y militantes. Pero las dos organizaciones cumplían un papel similar en las parroquias. Funcionaban como eje de las actividades del barrio y armaban eventos tan variados como clases de música, ‘almuerzos de camaradería’, festejos patrios y torneos deportivos.

De todas formas, en la FCCO participaban sólo hombres. Recién a partir de 1941 las mujeres pudieron adherirse a una institución paralela que les permitía

---

<sup>75</sup> *Labor*, Julio 1938.

<sup>76</sup> La institución se llamó de esta manera desde el XVIII Congreso, de 1930, en el que se decidió agregarle el apelativo católico a un nombre que Grote había querido aconfesional. En el mismo congreso se votó también por el establecimiento de la forma jurídica de Federación.

<sup>77</sup> *Lábaro*, Febrero-Marzo 1942, cuadro completo en el anexo.

acceder a servicios similares: ‘La mutualidad católica femenina’. Desde esta organización, sin embargo, no podían atender a las reuniones, a los cursos, ni a las manifestaciones de los Círculos. Para *Lábaro*, la mujer pertenecía exclusivamente al hogar. Era por esta razón que se demandaba que los salarios de hombres y mujeres fuesen los mismos. El trabajo femenino era fuente de varios problemas: aumentaba el desempleo en el campo masculino y atentaba contra el orden del hogar y la familia. Se afirmaba, entonces:

La Iglesia católica pide y mantiene hoy, como en los siglos medievales, el concepto jurídico de amparo y protección social de la mujer. Quiere que la mujer permanezca en el hogar, llenando sus funciones maternas.<sup>78</sup>

Ante la gran cantidad de mujeres que trabajan en los años treinta, esta actitud puede haber representado un freno para el crecimiento de la Federación.

Las primeras tapas de *Lábaro* contaban, casi sin excepción, con un mensaje alentador de algún obispo, acompañado por su foto<sup>79</sup>. En el tercer número de la revista, el Obispo de Tucumán decía lo siguiente:

Hoy en día la Federación de Círculos de Católicos de Obreros es una gran fuerza en manos de la Jerarquía ante el avance terrible del comunismo, el cual más y más recoge y encauza todas las reivindicaciones sociales de los trabajadores sin Dios o que se alejan de El, víctimas del espejismo de mejoras sociales en gran parte imposibles e injustas.

Hacemos fervientes votos por que la Federación, en unión con las demás obras sociales católicas, que por doquier nace pujantes y esperamos no tardarán en implantarse en nuestro suelo, bregue con nuevos bríos por el triunfo de la justicia en pro de los humildes en la paz de Cristo, vale decir en la cristiana colaboración del capital y el trabajo.<sup>80</sup>

El párrafo revela distintas cuestiones que atraviesan la Federación: el lugar central que ocupa la lucha contra el comunismo entre los objetivos de la institución, la pervivencia de sectores que todavía no consideran legítimos los reclamos obreros, y el poder que ejerce la Jerarquía sobre la entidad. Este último asunto no sorprende si se piensa en la voluntad unificadora que caracterizó a las cúpulas eclesiásticas a partir de los años veinte, y el éxito que significó la creación de la ACA como entidad conglomerante. Cabe preguntarse qué lugar pasó a ocupar la FCCO para la misma

---

<sup>78</sup> *Labor*, abril 1937.

<sup>79</sup> Ver anexo.

<sup>80</sup> *Labor*, Octubre 1935.

Jerarquía y cómo convivió con la expansión de la Acción Católica. Los obispos ocuparon un lugar privilegiado en las páginas de *Lábaro*. No sólo son los únicos que aparecen en las fotografías con nombre y apellido. Sus declaraciones fueron transcritas con regularidad, y se les agradece profusamente cualquier muestra de simpatía. A su vez, las dos grandes construcciones de la FCCO –el Sanatorio San José y el Campo de Deportes de Villa Devoto- contaron con generosas donaciones del episcopado. Tampoco faltan en la revista menciones a la ACA. En cada ‘Memoria’ de la Junta de Gobierno –una sección en la que se contaba lo que había sucedido en los Círculos el año anterior- había un apartado sobre la Acción Católica en el que se repetía: “hemos de continuar las directivas orientadoras de la ACA cooperando en sus iniciativas y en los organismos dependientes de ella y conexos con nuestra específica función”<sup>81</sup>. La misma oración se escribía, casi de forma idéntica, todos los años. Parece más una formalidad que una declaración de genuino interés.

En 1925 nació en Bélgica, de la mano del entonces sacerdote Joseph Cardijn, la Juventud Obrera Católica. Con el objetivo de evangelizar y educar a los obreros la organización se extendió por Europa y, eventualmente, por el mundo. *Lábaro* informaba de sus progresos con regularidad. En 1937 apareció en la revista un apartado dedicado exclusivamente al tema. Pocos meses más tarde, se realizó en el Círculo de Palermo la primera experiencia jocista de la Argentina. El nuevo grupo de la JOC contaba con más de cien integrantes –una gran mayoría eran empleados de comercio- que armaron “una buena orquestita”, un “team de football” y una pequeña biblioteca. Cada vez eran más las páginas de *Lábaro* que hacían alusión al desarrollo de la JOC y en 1939 se estrenó una sección de cuatro páginas destinada a describir con detalle los progresos de la organización. En 1940 su nombre cambió por el de ‘Vanguardias Obreras Católicas’, o VOC. Se había fundado de forma paralela otra JOC inspirada directamente en la iniciativa de Cardijn<sup>82</sup>. Al mismo tiempo, la ACA había creado su propia entidad juvenil: la JAC. Las tres organizaciones representaron el sector más dinámico del movimiento obrero católico.

### *Una campaña contra la inmoralidad*

---

<sup>81</sup> *Lábaro*, febrero 1941.

<sup>82</sup> No hay en la historiografía un acuerdo al respecto del origen de esta JOC. Jessica Blanco afirma que surgió desde la Juventud de la Acción Católica, pero no hay ningún documento que lo demuestre.

Como “paladín doctrinario”, *Lábaro* definía en cada ejemplar que y quiénes resultaban una amenaza para la moralidad social. En el campo de lo inmoral entraban un abanico de cuestiones que abarcaban tanto el nudismo en las estatuas como el comunismo. Pero el origen de todas las críticas terminaba casi siempre en la “liberticida libertad del liberalismo”<sup>83</sup>, aquella tolerancia del gobierno que no impedía que se desarrollen circunstancias que atentaban contra el orden de la sociedad. Así, por ejemplo, al hablar del Teatro del Pueblo de Barletta<sup>84</sup> condenan ante todo la indiferencia del gobierno. Afirman, indignados, que

“el Gobierno Nacional, la Intendencia y el Consejo Deliberante, los unos por estar demasiado ocupados en sus ajetreos políticos, los otros por imperdonable negligencia y los últimos por siniestra maldad, están criando los cuervos que mañana le sacarán los ojos.”<sup>85</sup>

Esta idea aparece con regularidad. La ostentación de desnudeces en una escultura, los bailes callejeros, o algunas películas que involucran en su trama situaciones consideradas obscenas no eran sólo atentados contra la decencia, representaban el germen de un problema todavía mayor. Dejar pasar estas situaciones era abrirle el camino a la ligereza espiritual de la vida materialista, y eventualmente, al comunismo.

Como “modesto integrante de la prensa católica”, la revista *Lábaro* aspiraba a contrarrestar la mala influencia de las publicaciones liberales o de izquierda. Durante más de un año hubo en todos los ejemplares un anuncio que advertía sobre las mentiras de “esa podredumbre en forma de impreso que se llama *Crítica*”<sup>86</sup>. La importancia de los medios de comunicación como formadores de doctrina ya había sido asimilada por la Iglesia. *Lábaro* alentaba, entonces, a los socios de la FCCO a difundir la revista y explicaba:

Es innegable la fuerza persuasiva de la prensa y la eficacísima propaganda que se efectúa por su intermedio: ¡ved como es explotado por nuestros adversarios ideológicos tan potente medio de proselitismo!

Vale aclarar que estas ideas no eran en absoluto particulares a la revista. Toda la prensa católica del período condenaba la falta de moralidad de ciertas actividades, demonizaba el comunismo e invitaba a difundir su doctrina. La campaña contra

<sup>83</sup> *Lábaro*, Octubre 1940.

<sup>84</sup> El Teatro del Pueblo había sido fundado en 1930 por Leónidas Barletta. Estaba vinculado con el grupo de Boedo y tendía hacia la izquierda. Para *Lábaro*, recibía ordenes de Moscú.

<sup>85</sup> *Labor*, Agosto 1936.

<sup>86</sup> *Labor*, Octubre 1935.

*Crítica* había sido emprendida por *El Pueblo* –el diario católico con mayor difusión en aquel entonces- desde los años veinte. Y el mismo periódico publicó en la década del treinta un folleto conteniendo las calificaciones morales de todos los estrenos cinematográficos<sup>87</sup>.

Dos otras instituciones de la FCCO tenían como propósito difundir la doctrina católica: el Centro de Estudios Sociales Cardenal Pacelli y la Universidad Popular. La primera se había fundado con el objetivo explícito de formar propagandistas de la doctrina social católica. Cada año, alrededor de veinte alumnos accedían a la posibilidad de escribir en *Lábaro* y dar discursos en las Conferencias Populares. En la Universidad Popular el costado militante estaba menos definido. Allí, alrededor de treientos alumnos estudiaban materias con salida laboral, tales como “Secretariado Comercial”, “Inglés”, “Radiotelefonía”, “Radiotelegrafía”, “Taquiografía” o “Dibujo”. El objetivo decía ser “difundir la cultura entre el pueblo”. Pero los profesores que enseñaban en el Centro de Estudios también daban clases allí, por lo tanto, algunas enseñanzas debían superponerse. El tema de la educación católica, de hecho, tiene un lugar prioritario entre las distintas cuestiones que trata la revista. La defensa de la escuela confesional ante la persistencia de la escolaridad laica es una lucha constante durante los años estudiados.

*“Un sincero portavoz de los que se sienten oprimidos”*

En 1936 se afirmaba en *Lábaro* que la intención de la revista era convertirse en “un sincero portavoz de los que se sienten oprimidos”. Esta declaración es algo desconcertante si se tiene en cuenta que los obreros no tienen en la revista voz alguna. Si bien aparecen con el segmento de la JOC algunos testimonios de los socios, los jóvenes jocistas eran los únicos a los que se les permite emitir alguna opinión. La publicación se armaba desde la Junta de Gobierno, se difundía entre algunos de los dirigentes de los Círculos de todo el país, e iba a parar muy eventualmente a manos de los trabajadores católicos.

Los primeros artículos que se dirigen a los obreros tienen un tono muy conservador. Sin reconocer ningún reclamo, se empeñan en resaltar la dignidad del trabajo y el consuelo de la religión. Estas ideas se articularon a través de una columna llamada “Lo que puede un obrero hoy”. Sus enunciados eran escritos por Pbro.

---

<sup>87</sup> Miranda Lida, *La rotativa de Dios. Prensa Católica y sociedad en Buenos Aires: El Pueblo. 1900-1960*, Buenos Aires, 2012 p.130

Mariano Núñez Mendoza, profesor del Centro de Estudios Sociales Cardenal Pacelli, que declaraba:

Lectores amigos: Cuando tomamos en nuestras manos ese libro de oro que es el Santo Evangelio (...) llegamos sin ninguna duda a esta conclusión: Jesús fue en la mayor parte de su vida Un Obrero (...) Pero Jesús trabajaba con júbilo, sufría con amor todas las penas inherentes a su oficio, veía a través de los siglos a millares y millares de obreros que encontrarían un lenitivo en sus sufrimientos al considerar la vida del Obrero de Nazareth, conocía perfectamente que gracias a la fuerza de su ejemplo, con la ayuda de Dios, florecería la santidad heroica aún entre las duras condiciones en que se encuentra la clase obrera<sup>88</sup>

Estos eran sus consejos para el obrero cristiano:

El obrero cristiano sabe que debe trabajar y que debe trabajar bien, sabe que Dios Nuestro Señor premia su trabajo, sabe que debe dar buen ejemplo, sabe en una palabra que el obrero cristiano tiene derecho a ser y debe ser: **el mejor obrero!!...** El obrero cristiano da ejemplo por consiguiente a los demás y en medio de sus fatigas sabe elevar su alma a Dios<sup>89</sup>.

Y además:

El obrero cristiano observa que muchos de esos compañeros no conocen esas verdades sublimes de la fe y si las conocen no cumplen con los deberes que para con Dios tienen; trata entonces con prudencia y caridad de ganarlos a la buena causa, de llevarlos a los pies del Maestro de todo obrero: Jesús Nuestro Señor. Con paciencia cristiana cultiva esas almas, trata de ser un apóstol, llevándolas paulatinamente por el buen sendero

Según estas declaraciones, entonces, el obrero cristiano debía ser un buen trabajador, sufrir con júbilo como Jesús, y transformarse en un apóstol entre sus pares porque, como escribe otro profesor del Centro de Estudios Sociales:

los obreros de hoy no conocen a Jesús. No lo puede amar por que lo ignoran. Es un hecho que tiene enorme importancia, que sea la misma mentalidad que se inspira en el odio a Jesucristo, la que dirige las bancas capitalistas y que conduce las masas proletarias, dos fuerzas tan completamente opuestas. Marx, Lasalle, los fundadores del socialismo son judíos. Esto basta.<sup>90</sup>

Pero el discurso se transformó rápidamente, y ya a partir de 1936 desaparecieron este tipo de argumentos teológicos. El cambio se vislumbra en el ejemplar de diciembre de

---

<sup>88</sup> *Labor*, octubre 1935.

<sup>89</sup> *Íbid.*, el resaltado es del texto original.

<sup>90</sup> *Labor*, septiembre 1935.

1935 (escrito en el enero siguiente), en el que se opina sobre las huelgas de los obreros de la construcción. Definidas en la historiografía como un evento que transformó las modalidades de mediación estatal, las huelgas habían surgido desde el Sindicato de Obreros y Albañiles, liderado por los comunistas. Contaron con el apoyo de 24 organizaciones sindicales y provocaron choques violentos entre los trabajadores y la policía, que aquel entonces, despertaron comparaciones con la Semana Trágica. En *Lábaro* reconocieron la legitimidad de los reclamos y colocaron el origen del desorden exclusivamente en la influencia comunista:

Lo que ayer comenzó como una afirmación justa, razonable y humana, termina hoy en un plan de acción comunista y los primeros en sorprenderse son los mismos trabajadores” (...) “Tenemos así lo de siempre: la infiltración soviética en el país.<sup>91</sup>

Al mismo tiempo, se mencionó al Departamento Nacional del Trabajo como factor decisivo a la hora de mediar entre las partes en conflicto. El DNT habría propuesto la formación de una comisión mixta, de patronos y obreros, presidida por el presidente del Departamento. Para *Lábaro*:

esta solución es la más equitativa y encuadrada en los principios de orden y disciplina sociales.<sup>92</sup>

Poco importaron los principios subversivos del comunismo una vez enmarcados dentro de una institución del Estado.

A partir de este momento, los temas relacionados con la cuestión social se concentraron en a las malas condiciones de los trabajadores y las legislaciones necesarias para mejorarlas. Los reclamos eran prácticamente los mismos que los enunciaban en las primeras décadas del siglo XX: se bregaba por la construcción de viviendas baratas, la instauración del descanso dominical, la supresión del trabajo de menores y una mayor reglamentación en el trabajo de mujeres. Se defendía la idea del ‘salario familiar’, un pago acorde a la cantidad de miembros que tenga la familia del obrero. Se denunciaron, además, investigaciones del DNT que no presentaban correctamente las malas condiciones en las que vivían los obreros. Y después de enumerar las dificultades de los mismos para alcanzar el presupuesto mínimo “humano” necesario para vivir, afirmaban:

---

<sup>91</sup> *Labor*, diciembre 1935.

<sup>92</sup> *Íbid.*

El comunismo no será un peligro para nuestro país el día que tengamos hogares argentinos que vivan decentemente, como debe vivir en su siglo de tanto progreso material.

En agosto de 1939 comenzó un segmento dedicado a la “Explicación de las leyes del trabajo” que, al menos en apariencia, estaba dirigido directamente a los obreros. A través de preguntas simples y respuestas claras se informaba sobre los principales puntos de la Ley de Accidentes del Trabajo, la ley sobre el trabajo de mujeres y menores, las leyes de salario, etc. En mayo de 1941, apareció otra nueva sección destinada explícitamente a los trabajadores: el “Noticiero obrero mundial”. Allí se describían eventos internacionales relacionados con la Iglesia y la cuestión obrera. Se hablaba de que algunos miembros del Congreso en Estados Unidos habían elogiado las encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno*<sup>93</sup> o de que en Francia la legislación que afectaba la juventud obrera se había inspirado en la Iglesia. El tema más recurrente, sin embargo, era el régimen de Franco, cuya legislación se había instaurado como modelo. A lo largo de tres meses se publicó el texto íntegro del ‘Fuero del trabajo’ puesto en vigor en España.

Por otro lado, se buscó desarmar el imaginario que presentaba a la Iglesia como un aliado de los patronos. No sólo se afirmaba que Jesús había preferido vivir entre los pobres, teniendo la posibilidad de pertenecer a todas las clases sociales. Se declaraba, también, que la Iglesia jamás había tenido una relación preferencial con las clases altas. Con el título de “Un error”, un escrito de 1937 ilustra estas ideas:

Entre la gente trabajadora es corriente el preconcepto de que la Iglesia sirve al Capitalismo y a la aristocracia y hoy ante una reincidencia debemos volver a tratar el tema, reafirmando lo que expresáramos en aquella oportunidad.(...) La Iglesia jamás se ha aliado con el Capitalismo para servir sus intereses: ni los burgueses que figuran en primera fila en ella representan la fuerza del catolicismo: ni son ellos tampoco los que orientan y guían las Instituciones católicas, ya que en sus Comisiones hay siempre un par de elementos, salidos del pueblo y pertenecientes a él, que son los que trabajan en la sombra silenciosamente, pero que no figuran por que el relumbrón no les interesa, pero que son los que animan y encauzan todas las instituciones católicas

---

<sup>93</sup> *Quadragesimo anno* fue promulgada el 15 de mayo de 1935, en ocasión de los cuarenta años de la encíclica *Rerum Novarum*. Trata los mismos temas y renueva la condena al comunismo.

del país y del mundo. Los sacerdotes, la enorme mayoría, son también salidos del pueblo y sienten por él el afecto que se siente por todo lo que es propio.<sup>94</sup>

De todas maneras, estas declaraciones no le otorgan en ningún caso un papel activo a la clase trabajadora. Los socios tenían muy poco protagonismo y si eran mencionados solía ser en relación a la asistencia de algún evento, o la participación en algún deporte.

### *Adoctrinamiento y entretenimiento*

Un sacerdote de Almagro explicó en *Lábaro* cómo había creado un Círculo de la FCCO en su parroquia. Contaba que:

había organizaciones para Niños, Señoritas, Señoras; estaba formada y oficializada la Acción Católica en todas sus ramas y todo con vida y prosperidad. Pero faltaba una cosa: atraer a la vida parroquial el elemento Hombre. Después de serias reflexiones me decidí por los Círculos Católicos de Obreros<sup>95</sup>

Después se refería a cuán acertada había sido aquella decisión. Se habían armado reuniones sobre temas sociales y religiosos, y actos de “sano entretenimiento”. Afirmaba que era la primera vez que se veía en la parroquia “un número tan crecido y organizado de Hombres”.

Las funciones de la FCCO giraban en torno a la vida social de los barrios. Los proyectos consistían en la formación de equipos deportivos, campeonatos, y quizás en algunos casos, una pequeña biblioteca. De las actividades organizadas por los distintos círculos, la mayoría eran ‘fiestas de camaradería’, algún ‘tradicional pic-nic’ o una ‘kermesse’. Además de asistir a estas reuniones, los socios debían concurrir a las grandes manifestaciones callejeras en torno a las fiestas religiosas y a los actos públicos organizados en la sede central de la Federación, donde se daban conferencias sobre el catolicismo y su relación con la cuestión social. La revista *Lábaro* publicaba fotografías de los eventos. No hay casi ningún ejemplar que no cuente con alguna de estas imágenes. En ellas, se podía ver la generosa cantidad de asistentes con los que contaban los grandes acontecimientos de la FCCO. Hoy, todas las fotos se parecen. Todas muestran un grupo de hombres anónimos, parados de forma ordenada ante la cámara. Las que fueron sacadas en el teatro de Junín se distinguen apenas. El espacio

---

<sup>94</sup> *Labor*, julio 1937.

<sup>95</sup> *Labor*, septiembre 1935.

es siempre el mismo, el ángulo es siempre el mismo y la cantidad de hombres presentes, también.

Las imágenes de la sección de la JOC tiene un aire menos ordenado. Muchas veces se publicaban fotos de atletas o equipos de fútbol en sus uniformes. Entre los jocosistas, el deporte ocupaba un lugar todavía mas importante que en los Círculos; entre los jóvenes habría más tiempo de ocio. Como se mencionó más arriba, cuando se organizó el primer grupo de la JOC en Palermo, se dispuso antes que nada la creación de pasatiempos: una pequeña orquesta, un grupo de teatro y un equipo de fútbol. Más adelante, cuando en 1940 se inauguró en la revista la nueva sección 'La Voz Juvenil', lo primero que se intentó definir fue la diferencia entre los grupos católicos y un club de barrio. Se afirmaba, por lo tanto, que:

Confundir las Vanguardias con un Club es lo mismo que tomar el saco por el hombre. Hacen muchas de las cosas que ejecuta un buen club, pero no lo hacen a la manera del Club sino al modo de las Vanguardias.<sup>96</sup>

No quedaba muy claro cuales eran las particularidades de las Vanguardias con respecto a un Club. Tampoco resultaban de gran ayuda la mención de los objetivos detrás de su creación:

Es necesario crear un ambiente sano para la juventud. La calle, el bar, el cine o el cabaret forman generalmente focos de vicios que perjudican y arruinan la salud espiritual y corporal del futuro obrero. Las Vanguardias no pretenden solo prohibir y alejar; reemplazan lo malo por lo bueno.<sup>97</sup>

En un Congreso Nacional de los Círculos Católicos de Obreros de 1942, se planteó como problema la ausencia de una agremiación católica frente al desarrollo de sindicatos de izquierda. El Doctor Francisco Valsecchi dió una conferencia en la que reconocía:

Cabe confesar francamente que en la actualidad la acción sindical cristiana está muy lejos de responder a la importancia que tiene el catolicismo en la vida argentina: basta pensar que la agremiación cristiana en comparación a la marxista está en la proporción de 1 a 20.<sup>98</sup>

A partir de entonces, la falta de gremios católicos quedó establecida como una cuestión a resolver desde Junta de Gobierno de la FCCO. Se decidió por la creación

---

<sup>96</sup> *Lábaro*, febrero 1941.

<sup>97</sup> *Íbid.*

<sup>98</sup> *Lábaro*, julio 1942.

de un ‘Consejo de organización sindical’ y la revista *Lábaro* comenzó a publicar un apartado dedicado al tema. Todos los meses se podían leer artículos que explicaban las necesidades y ventajas de una sindicación cristiana. Se organizaron “Jornadas sindicales” en las que se armaban actos y dictaban conferencias sobre el tema. Pocas soluciones podía ofrecer la Federación además de la formación y adoctrinamiento de los trabajadores.

### *Una advertencia*

El fantasma del comunismo atraviesa todos los temas a los que alude *Lábaro*. La escuela laica, los bailes callejeros, algunas emisiones radiales; todos podían contener los gérmenes de un movimiento comunista. A partir de 1936, sin embargo, la revista comenzó a definir las malas condiciones de vida en la clase obrera como la mayor amenaza. Si en 1935, gran parte del problema estaba en los “extranjeros sin alma y sin conciencia, que desataron sus odios importados”<sup>99</sup>, después de las huelgas en la construcción las causas del conflicto se afirmaron en otro lugar. Se reconoció la justicia de los reclamos y se llegó a afirmar que “no hay nada que ayude tanto a los extremos propagandistas como la necesidad y la miseria”<sup>100</sup>.

A través de este marco se vislumbra un nuevo interlocutor para las declaraciones de la revista. Ya en diciembre de 1935 se publicó una pequeña fábula sobre “El Negrito Manuel”, de la que se debía aprender una lección:

Aún en aquel que nos parece el último de los hombres debemos ver a un hermano, puesto que es un hijo de el Padre común.<sup>101</sup>

Una enseñanza que resulta al menos particular en una revista destinada a ser un portavoz de los reclamos obreros. Un comentario sobre una pastoral episcopal, publicado unos meses después, orienta sobre el destino pretendido para aquel cuento. En un artículo llamado “Al margen de un documento” se invitaba a hacer una reflexión sobre el escrito del Episcopado, que, entre otras cosas, refería a la cuestión social:

La cuestión social es tan latente que muchos de los malestares que hoy se experimentan en el mundo entero tienen su fundamento en lo acentuado de esta situación: la injusticia de los patronos y su falta de conciencia para los que de el

---

<sup>99</sup> *Labor*, diciembre 1935.

<sup>100</sup> *Labor*, octubre 1936.

<sup>101</sup> *Labor*, diciembre 1935.

dependen y la descristianización de las masas proletarias, engañadas y cegadas por los que anhelan la destrucción de las sociedades organizadas y respetuosas<sup>102</sup>

*Lábaro* describía esta declaración como precisa, pero invitaba además a hacer otra reflexión:

Cuántos serán los católicos que después de leer esa parte de la Pastoral, reconozcan la parte de culpa que les corresponde, por haber sido injustos o crueles, negándoles el descanso hebdomadario o dominical, como lo aconseja la Iglesia, a sus servidores, ya sean ellos empleados, personas de servicio o chauffeurs?<sup>103</sup>

Y luego reconocía directamente:

Razón tienen algunos de los que nos atacan cuando nos dicen: Que los ricos se golpeen un poco el pecho y tengan un poco más de caridad para los que trabajan...<sup>104</sup>

Esta suerte de sermón se repetía con considerable constancia en los años anteriores a 1940. Varias notas insistían en la diferencia entre los verdaderos católicos y aquellos que sólo se llaman a sí mismos de esa manera. Otras, recordaban que Dios castiga por el “mal uso hecho socialmente de las riquezas”<sup>105</sup> y advertían:

Si los capitalistas no quieren otorgarles lo que le deben (a los obreros) en estricta justicia, entonces no lamenten mañana las desgraciadas consecuencias que sufran.<sup>106</sup>

Cuando se exponía los horrores de la Guerra Civil Española, solía aparecer alguna mención a lo que había que hacer para evitar un destino similar. Hasta en la tapa de una revista de abril de 1937, abajo de un gran enunciado en mayúsculas que interpelaba al trabajador, el artículo parecía ser, una vez más, una advertencia para los patrones:

Hay que dar al obrero una remuneración que sea suficiente para su propia sustentación y la de su familia. (...) Vergonzoso e inhumano es abusar de los hombres, como si no fuesen más que cosas, para sacar provecho de ellos...<sup>107</sup>

A la luz de estos escritos, las mismas explicaciones sobre las legislaciones obreras parecen más bien orientadas a informar a los empleadores sobre sus deberes y sus derechos. Más que integrarse a las filas trabajadoras, la revista *Lábaro* parecía estar destinada a subrayar la importancia de la cuestión social y advertir sobre los posibles desenlaces que podría sufrir el país en el caso en el que no se atiende el tema.

---

<sup>102</sup> *Labor*, junio 1936.

<sup>103</sup> *Íbid.*

<sup>104</sup> *Íbid.*

<sup>105</sup> *Labor*, septiembre 1936.

<sup>106</sup> *Labor*, marzo 1937.

<sup>107</sup> *Labor*, abril 1937, ver anexo.

### *La revista 'Lábaro' y el Estado*

En los primeros ejemplares de la revista, las menciones al Estado aparecen a través del Departamento Nacional de Trabajo. Ya desde diciembre de 1935, el DNT era presentado como un instrumento indispensable a la hora de conciliar trabajadores y patronos. En el mismo mes en el que se mostró al Departamento como artífice de la solución en las huelgas de albañiles, se dedicó un artículo entero a describir su origen, organización y funciones. Se anunció, también, que:

Como se ve, las funciones que se confiere al Departamento Nacional del Trabajo son de una importancia tal, que exigen un estudio particular de las mismas, a cuyo efecto en artículos sucesivos iremos refiriéndonos a diversos aspectos relativos a los Consejos de Estado (mediación en los conflictos del trabajo), Asesoría Jurídica Gratuita, procedimiento para la aplicación de multas por infracción a las leyes del trabajo, etc.

Se publicaron con regularidad, entonces, notas que con el título de 'Departamento Nacional del Trabajo' hablaban sobre la importancia del arbitraje antes de la huelga e informaban sobre los distintos servicios que ofrecía la institución. Poco a poco, estos artículos informativos comenzaron a estar acompañados por reclamos que apelaban al Estado de una forma más explícita. Si no se lo acusaba de indiferencia ante la posible expansión del comunismo, se le demandaba una mayor legislación con respecto al mundo del trabajo. Se pedía un Código de Trabajo y se repetía:

Hay que terminar con las leyes parciales, deficientes, inorgánicas, incompletas, unilaterales, para legislar para todos los trabajadores”(...) “Hace falta un código del trabajo<sup>108</sup>

Al hablar de los problemas de vivienda y desocupación, primero se ponderaban las iniciativas del episcopado –que donaron casas en más de una ocasión- y luego se afirmaba:

La solución esta en manos del gobierno y no es difícil de hallarla. Hay que emprender un amplio plan de construcción de viviendas baratas.<sup>109</sup>

Al mismo tiempo, se pedía más dureza en el trato con los comunistas. Un artículo de junio de 1938 sobre “La situación social del país” ilustra parte de lo que se pretendía del gobierno en aquel entonces. Después de avalar unas palabras del presidente -que

---

<sup>108</sup> *Labor*, octubre 1938.

<sup>109</sup> *Labor*, noviembre 1938.

al parecer había denunciado la pobreza en la que se encontraban algunos sectores del país- se enumeraba:

el gobierno debe reprimir con mano fuerte la licencia de prensa y la palabra para que nuestro pueblo no vaya corrompiéndose miserablemente; debe vigilar la entrada de inmigrantes para eliminar los elementos perturbadores; debe fiscalizar las actividades de los grupos sociales y culturales que disuelven las costumbres; debe alzar el tono de la educación de la niñez y la juventud para que no se imbecilice con el sentimentalismo de las escuelas laicas-<sup>110</sup>

Asimismo, en la ‘Nueva declaración de principios’ de 1942 se declaraba la necesidad de crear escuelas industriales. Se pedía también que se limite el número de establecimiento secundarios “para evitar el proletariado intelectual”<sup>111</sup>. Se le exigía, por lo tanto, dos cosas al Estado. Por un lado, una mayor regulación del mundo del trabajo: mejor legislación y más intervención en los conflictos y reclamos obreros. Por el otro, un mayor control de las publicaciones, escuelas y conferencias, o directamente, la represión de cualquier actividad que pueda facilitar la expansión del comunismo. Las circunstancias en España servían como un referente constante del desenlace que podía producir una falta de atención a estas cuestiones. Para *Lábaro*, eran dos los culpables de la Guerra Civil: los revolucionarios de izquierdas, y aquellos que habían permitido que los revolucionarios de izquierdas lleguen al poder.

A partir de 1940, el recuento anual de actividades de la FCCO que aparecía cada febrero comenzó a incluir un nuevo subtítulo: “Petitorios a los poderes públicos”. Allí se describía las instancias a las que habían acudido distintos Círculos para presentar sus petitorios ante la Congreso. En las décadas del diez y del veinte también se había recurrido a este recurso. Se organizaban peregrinaciones que avanzaban hasta el Congreso para afirmar sus reclamos. Pero en aquel entonces, la relación entre Estado e Iglesia era otra. A principios de los cuarenta la FCCO contó con una recepción oficial del gobierno. En 1941 la Junta de Gobierno obtuvo una entrevista con el Presidente de la Nación por una ley de jubilaciones. En 1942 se reunieron con la Comisión de Presupuesto y Hacienda de la Cámara de Diputados para solicitar la implantación del salario familiar. Al año siguiente la Comisión de Legislación del Trabajo de la Cámara de Diputados solicitó el parecer de la Federación acerca de varios proyectos formulados. Asimismo, empezaron a haber en

---

<sup>110</sup> *Labor*, junio 1938.

<sup>111</sup> *Lábaro*, mayo 1942.

*Lábaro* varios artículos que adjudicaban proyectos gubernamentales a las iniciativas de la FCCO. Finalmente, en un acto público que parecía sellar una alianza entre el régimen y los Círculos Católicos, el presidente Ramón Castillo recibió a las Vanguardias Juveniles en la Casa de Gobierno.

Al mismo tiempo, aparecieron en *Lábaro* otro tipo de referencias al gobierno. Aislados entre explicaciones sobre el comunismo y definiciones de la doctrina social católica surgieron artículos, que sin ser del todo explícitos, tenían un fuerte tono crítico. Bajo el enunciado “Gobernar no es transigir, sino dirigir los pueblos a la realización de sus destinos” se decía:

Bien puede afirmarse que el cincuenta por ciento de las causas ocasionales y generadoras de la cuestión social desaparecerían con gobernantes informados por el espíritu evangélico<sup>112</sup>

A veces, el ataque era más directo:

Son enemigos de la República quienes gritan democracia, pero no la ejercitan limpiamente y tuercen la voluntad popular en fraudes tragicómicos que organizan, o que consienten por que han perdido la autoridad moral para impedirlos<sup>113</sup>

Pero el tono sigue siendo moderado si se lo compara con las declaraciones del semanario *Crítica* y el diario *El Pueblo*. Según Zanatta las dos publicaciones habían adoptado desde 1939 un discurso radicalmente opositor al gobierno y al sistema político<sup>114</sup>. Para el autor, la Iglesia fue prácticamente un artífice del golpe del ‘43. Pero la tapa de la *Lábaro* de julio de 1943, el primer ejemplar después de la revolución, está cubierta por enunciados relacionados con el bombardeo a Roma. Y adentro de la revista tampoco hay ninguna alusión al golpe de Estado. Recién en septiembre se mencionó el cambio de régimen. Se hablaba de un “empuje renovador y depurador y se enunciaba:

La obra de reconstrucción que se realiza en estos momentos en nuestro país ha impuesto una revisión total de los principios en que se ha apoyado hasta el presente la acción del Estado. (...) La acción social católica, y dentro de ella, singularmente los Círculos de Obreros, aportó desde hace muchas décadas un conjunto de principios doctrinarios y de soluciones concordes de un alto valor espiritual y material. Sin embargo, no obstante la prédica continuada que de los mismos se hiciera, nunca se

---

<sup>112</sup> *Lábaro*, febrero 1941.

<sup>113</sup> *Lábaro*, octubre 1941.

<sup>114</sup> Loris Zanatta, *Del Estado Liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Buenos Aires, 2005. p.248

los tuvo en cuenta ni hallaron lugar en la mente de los estadistas y de los legisladores. Cada ley promulgada era siempre un homenaje rendido a un doctrinarismo liberal cuyo endiosamiento y persistencia ha llevado el mundo a la bancarrota en estas horas. Pero, felizmente, tarde o temprano, las ideas fecundas nacidas del deseo desinteresado de contribuir a mejorar la suerte de los hombres y de los pueblos, terminan por imponerse. Y esto es lo que está sucediendo entre nosotros con los principios profesados y difundidos por el catolicismo de acción social. (...) Hay, pues, motivos para alegrarse. En materia de previsión, la orientación del Estado parece dirigirse a los mismos objetivos señalados por la Federación. (...) Los principios de la sociología católica llegan por fin al despacho de los hombres del Estado<sup>115</sup>

La revista *Lábaro* fue creada en un contexto en el que la prensa se presentaba como un factor indispensable a la hora de difundir una doctrina. Ante la predominio de los periódicos liberales o socialistas, *Lábaro* pretendía hacer un aporte, aunque sea modesto, a la expansión de la prensa católica. Además de brindar información sobre el funcionamiento de la FCCO, la revista alentaba o condenaba algunos comportamientos de la sociedad y demandaba ciertos cambios. Definida como un órgano destinado a integrarse en las filas de los trabajadores, sus artículos parecían más bien dirigidos a las clases pudientes. La publicación funcionaba como una advertencia; para mantener el orden social era necesario hacer ciertas concesiones. Se bregaba, entonces, por una mayor mediación entre patrones y obreros y por una legislación que modere las malas condiciones de vida del trabajador. En esta ecuación, el Estado ocupaba un lugar central. Hasta los comunistas perdían su tinte amenazador cuando se mostraban dispuestos a manejarse dentro de sus instituciones. El gobierno de Castillo parece ser el que se mostró más dispuesto a darle una voz a los Círculos de Obreros. Pero su herencia liberal y su falta de legitimidad impidieron que *Lábaro* lo presente de esa manera. En aquel entonces, la Iglesia había adoptado una postura muy crítica hacia el régimen y recibió el golpe de Estado de 1943 con entusiasmo. En la revista de los Círculos Obreros, sin embargo, no se aludió a la noticia hasta septiembre. Recién dos meses después de la revolución se refirió a la

---

<sup>115</sup> *Lábaro*, septiembre 1943.

instauración del gobierno militar como el momento en el que, finalmente, se iba a atender a las elocuentes declaraciones de la revista.

## Conclusión

En 1892 Federico Grote fundó los Círculos de Obreros con el objetivo de penetrar en las filas trabajadoras a través de servicios de mutualidad y propaganda cristiana. Inspirado en la encíclica papal *Rerum Novarum*, el proyecto significaba un cambio en relación a otras iniciativas católicas con fines similares: planteaba la necesidad de crear cierta legislación laboral. Su desempeño durante los conflictos sociales de principios de siglo, sin embargo, juntó su historia con la de la represión patronal y opacó los cambios que traía el movimiento. Los CO estuvieron, en efecto, estrechamente relacionados con las organizaciones coercitivas de los patrones. Pero limitar la institución a esta alianza es perder de vista su relevancia. La creación de los CO funcionó como disparador de distintas discusiones dentro de la Iglesia y en la sociedad, y representó un nuevo dinamismo en el mundo eclesiástico. Los Círculos de Obreros fueron la primera de varias entidades laicas dispuestas a luchar por una mejora en las condiciones de vida del trabajador con el objetivo de alcanzar la tan mentada armonía social.

Con la ‘primavera católica’ el crecimiento de los Círculos, que había permanecido algo estancado durante los años veinte, recobró cierta agilidad. Poco habían cambiado las condiciones laborales desde principios de siglo. El país, sin embargo, estaba sufriendo grandes transformaciones. Por un lado, la tradición liberal, que había definido a la Argentina hasta entonces, dejó lugar a nuevas corrientes de pensamiento que cambiaron la sociedad y la política nacionales. En este contexto, la Iglesia tuvo un rol cada vez más protagónico. Por el otro, las dificultades para importar y exportar que surgieron a partir de la crisis de 1930 llevaron a un desarrollo de las industrias y a un posterior crecimiento del sector obrero. A fines de 1935 y comienzos de 1936 una ola de huelgas expuso la fuerza de los nuevos sindicatos industriales y de sus militantes comunistas y provocó un cambio en la actitud del Estado hacia la cuestión social. A partir de entonces, el DNT intervino cada vez más en los asuntos laborales.

En este contexto la Junta de Gobierno de la FCCO creó *Lábaro*. La revista trataba temas que se repetían en toda la prensa católica de la época: condenas a la inmoralidad de ciertos comportamientos, defensa de la educación católica, enfática demonización del comunismo. Entre todas estas notas, se destacaban ciertos artículos que nos han permitido sacar algunas conclusiones acerca de las declaraciones

particulares a la Federación. De forma menos explícita que la amenaza comunista, la idea de mantener el orden social atraviesa toda la revista. Si en los primeros ejemplares este pretende conservarse a través de discursos teológicos con miras a apaciguar los reclamos obreros, la estrategia se transforma rápidamente. A partir de 1936, la publicación busca advertir a los patrones sobre los riesgos de una explotación demasiado intensa de los obreros. Pero concentra sus demandas en el Estado. Pide por una mejor legislación y una mayor intervención de las instituciones estatales en los conflictos con los trabajadores. Si se considera que los comunistas adquirirían cada vez más poder dentro de los sindicatos, esta voluntad de negociar con sus representantes es algo sorprendente, y revela cierto pragmatismo de la Federación a la hora de intervenir en la cuestión social.

Sin embargo, si se piensa en los recursos a los que apelaba la FCCO para establecer sus reclamos en épocas anteriores se puede ver esta confianza en la intervención estatal desde una nueva perspectiva. La institución tenía una tradición en obrar dentro de los límites del Estado. Si no lograba un diálogo directo con los legisladores, su forma de hacerse oír era llevando petitorios al Congreso. Sin querer transformar el régimen, la FCCO apostaba por los pequeños cambios que mantendrían el mismo orden. Es quizás por esta razón tardaron en pronunciarse cuando el gobierno de Castillo fue derrocado. Si bien el nuevo régimen le daba un nuevo estatus a la Iglesia, significaba al mismo tiempo una transformación demasiado extensa –y algo peligrosa– en las cúpulas de poder. En todo caso, queda pendiente analizar cuál fue la reacción de la Federación ante la llegada del peronismo, que si bien respetaba en un principio el lugar del catolicismo, terminó de echar por la borda el orden conservador.

## Bibliografía

- Acha, O., (2007). “Notas sobre la evolución cuantitativa de la afiliación en la Acción Católica Argentina (1931-1960)”, [www.historiapolitica.com.ar](http://www.historiapolitica.com.ar)
- Auza, N.T., (1987). *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino*, Buenos Aires.
- Baily, S.L., (1985). *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica,
- Bianchi, S., (2002). “La construcción de la Iglesia Católica como actor político y social, 1930-1960”, *Anuario de IEHS*, N°17, Buenos Aires.
- Blanco, J., (2006). “La Acción Católica Argentina y su conformación como espacio público (1931-1941)” [www.historiapolitica.com.ar](http://www.historiapolitica.com.ar) .
- Caimari, L., (2010). *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y Sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Emecé.
- Ceruso, D., (2010). “El comunismo argentino y la organización sindical en el lugar del trabajo. Las comisiones internas en la construcción, los metalúrgicos y los textiles entre 1936 y 1943” en [www.historiapolitica.com.ar](http://www.historiapolitica.com.ar).
- Del Campo, H., (2005). *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Di Stefano, R. y Zanatta, L., (2000). *Historia de la Iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Gaudio, R. y Pilone, J., (1988). “Estado y relaciones laborales en el período previo al surgimiento del peronismo, 1935-1943” en *La formación del sindicalismo peronista*, Juan Carlos Torre compilador, Buenos Aires, Legasa.
- Gerchunoff, P. y Llach, L., (2005). *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Ariel Sociedad Económica.
- Gutiérrez, L., y Romero, L., A., (1995). *Sectores populares, cultura y política, Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Halperin Donghi, T., (2003). *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Korzeniewicz, R. P., (1993). “Las Vísperas del Peronismo. Los Conflictos Laborales entre 1930 y 1943” en *Desarrollo Económico* Vol. 33 N°131, Buenos Aires.

- Lida, M., (2011). “La Plaza de Mayo de los católicos (1910-1944)” en Lobato, Mirta, *Buenos Aires: manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*, Biblos, Buenos Aires.
  - (2009 noviembre) “Mitos y verdades del XXXII Congreso Eucarístico Nacional, 75 años después” en *Criterio*, Buenos Aires.
  - (2012) *La rotativa de Dios. Prensa católica y sociedad en Buenos Aires: ‘El Pueblo’. 1900-1960*, Biblos, Buenos Aires, 2012.
  - (2013) *Biografía de Monseñor Miguel De Andrea*, Buenos Aires, Edhasa, en prensa.
- Matsushita, H., (1983). *Movimiento Obrero Argentino, 1930-1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo Veinte.
- Mallimaci, F., (1988) *El catolicismo integral en la Argentina, 1930-1946*, Buenos Aires, Fundación Simón Rodríguez.
  - (1991) “Movimientos laicales y sociedad en el período de entreguerras. La experiencia de la Acción Católica en la Argentina”, *Cristianismo y Sociedad*, N°108, Buenos Aires.
- Martín, M.P., “Iglesia Católica, cuestión social y ciudadanía. Rosario-Buenos Aires, 1892-1930”, tesis doctoral sin publicar.
- Mc Gee Deutsch, S., (2003). *Contrarrevolución en la Argentina. 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Rapalo, M. E., (2012) *Patrones y Obreros. La ofensiva de la clase propietaria. 1918-1930*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Recalde, H., (1985) *La Iglesia y la cuestión social (1874-1910)*, Buenos Aires, Biblioteca Política Argentina.
- Romero, L.A., (2009) “Católicos en movimiento. Activismo en una parroquia de Buenos Aires, 1935-1946” en *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina: 1900-1950*, Lida M. y Mauro D. coord., Rosario, Prohistoria Ediciones.
- Suriano, J., (2013). “El mundo como un taller de observación. La creación del Departamento Nacional del Trabajo y las influencias internacionales” *Revista de Indias*, vol. LXXIII, n.o 257.
  - (2012) “El Departamento Nacional del Trabajo y la política laboral durante el primer gobierno de Hipólito Yrigoyen”, Mariano Ben Plotkin y Eduardo Zimmermann (comps.), *Los saberes de Estado*, Buenos Aires, Edhasa.
- Zanatta, L., (2005) *Del Estado liberal a la Nación Católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Bernal, Universidad de Quilmes.

- Zimmermann, Eduardo A., *Los Liberales Reformistas. La cuestión social en la Argentina. 1890-1916*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1995.

### **Fuentes**

- Revista *Labor* o *Lábaro*, desde 1935 hasta 1943.
- Video del XXXII Congreso Eucarístico Internacional, (1934).  
<http://www.youtube.com/watch?v=8aqhLyui5dg>

Anexo

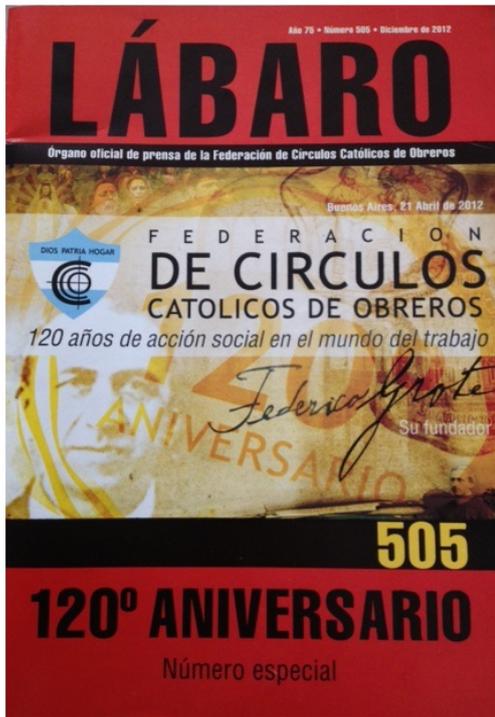
La revista Lábaro a lo largo de los años



El segundo ejemplar. Diciembre 1935.

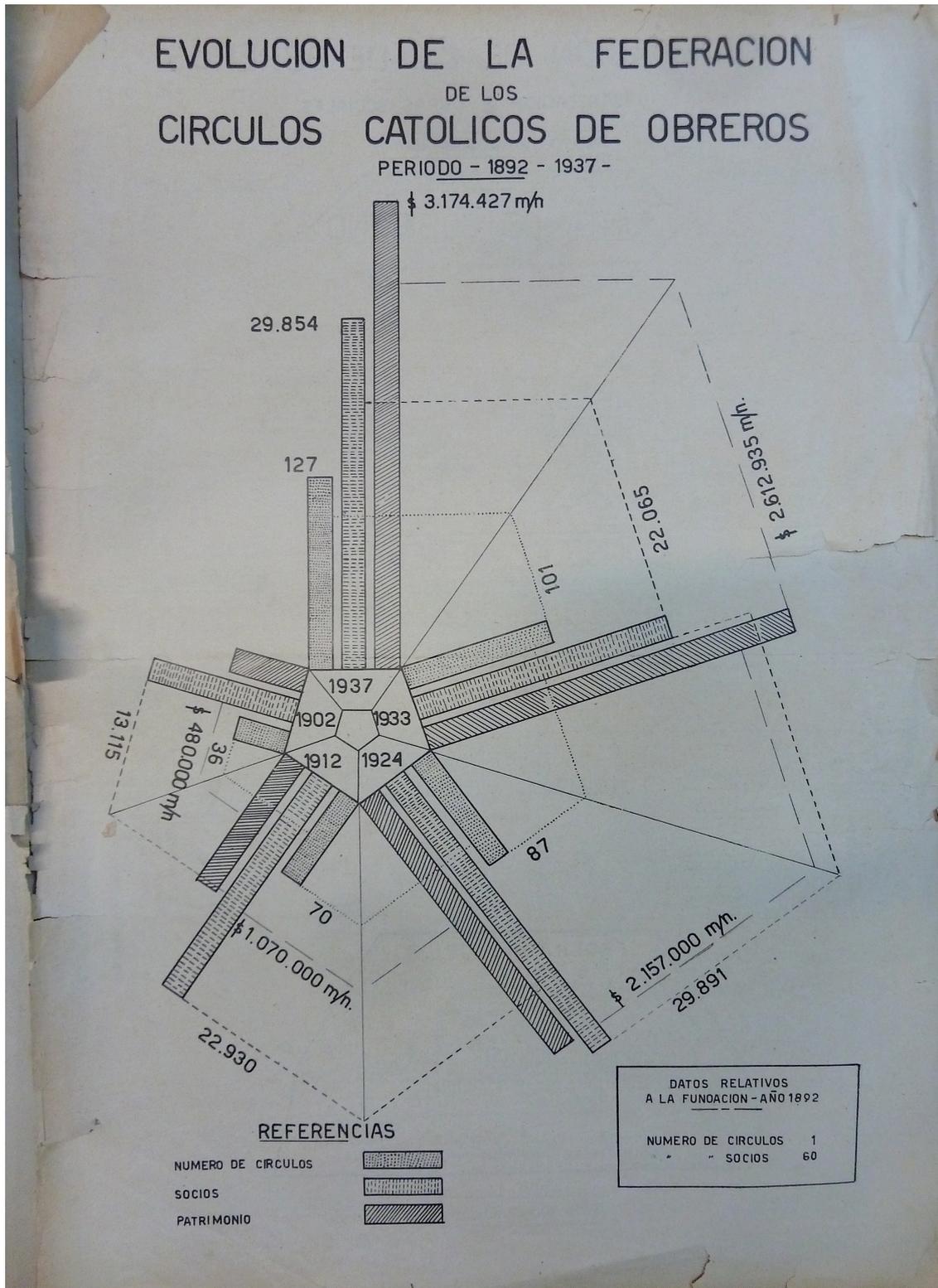


Primer ejemplar después de la revolución militar de 1943. Julio 1943.

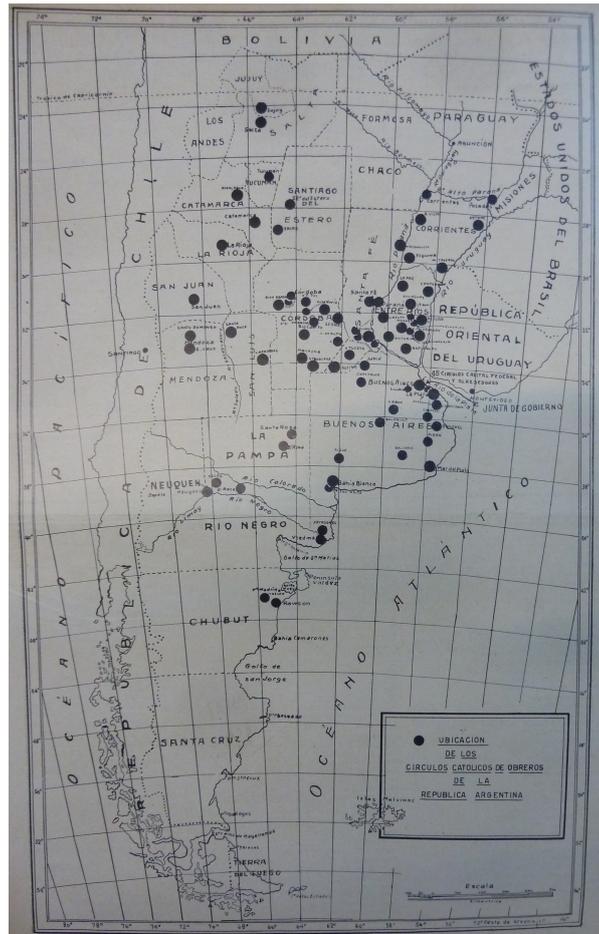


Lábaro hoy. Diciembre 2012.

Algunas datos estadísticos



Noviembre 1938.



Ubicación de los Círculos Católicos de Obreros en la República Argentina. Noviembre 1938.

**EL CRECIMIENTO DE LA FEDERACION AL TRAVES DE CINCO DECADAS**  
*Fundación: 1892 — Un Círculo — 60 Socios*

Años	Círculos	Socios	Edificios	Patrimonio
1902	36	13.115	1	\$ 480.000
1912	70	22.930	21	\$ 1.070.000
1922	82	27.832	30	\$ 2.022.000
1932	99	22.050	38	\$ 2.552.620
1942	151	39.546	61	\$ 4.209.086

El crecimiento de la Federación a través de cinco décadas. Abril 1942.

*Manifestaciones organizadas por la FCCO*



Manifestación de Fe en el Jueves Santo.  
Marzo 1937.



Manifestación de Fe en el Jueves Santo.  
Abril 1939.

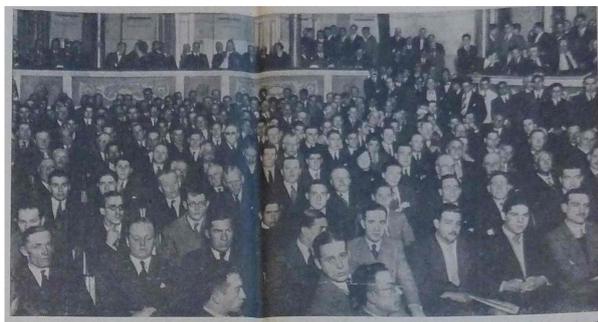


Manifestación de Fe en el Jueves Santo.  
Abril 1941.

*Algunos actos públicos de la FCCO*



Acto público por la sanción de la ley de descanso dominical para chauffeurs particulares.  
Octubre 1935



Acto de repudio al diario *Crítica*.  
Noviembre 1935.



Inauguración de los cursos del Centro de Estudios Cardenal Pacelli.  
Marzo 1937.

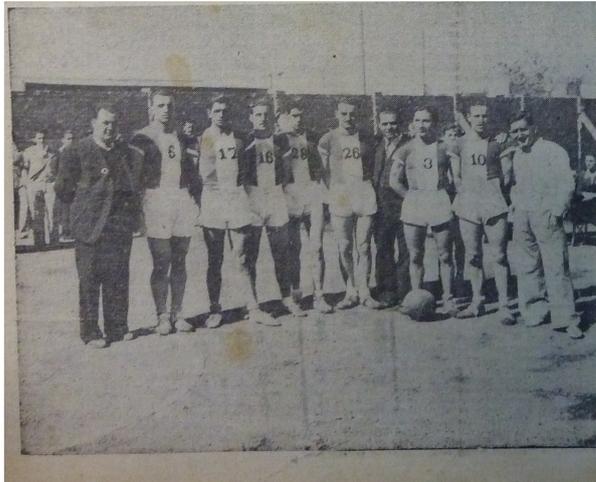


Acto conmemorativo del 25 de mayo.  
Mayo 1938.



Acto de homenaje al Cardenal Primado.  
Mayo 1942.

*Los deportes en la VOC*



Equipo de fútbol de Bernal.  
Marzo 1942.



Equipo de fútbol de Mataderos.  
Abril 1942.



El Sr. Félix B. Marino, el E. P. Florencio Perelló y un grupo de atletas del C. Gimnasia y Esgrima

El presidente de la Junta de Gobierno, Felix B. Marino, junto a los atletas.  
Noviembre 1942.

*Algunas vistas de la infraestructura de la FCCO*



El sanatorio San José.  
 Noviembre 1938.

# Algunos aspectos del Campo de Deportes y de su acto inaugural



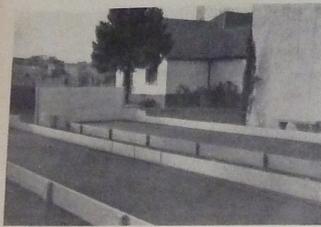
Los jardines



Su Eminencia es recibida por el S. Presidente D. Félix B. Marino



Otro aspecto de la Casa del Campo de Deportes



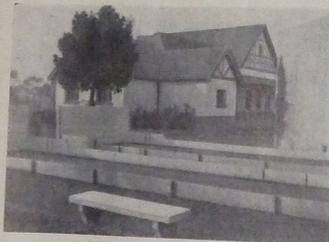
Las canchas de bochas



El Cardenal Copello, rodeado de la concurrencia bendice las instalaciones



El Campo de Deportes ostenta los escudos del Cardenal Copello y de la J. O. C.



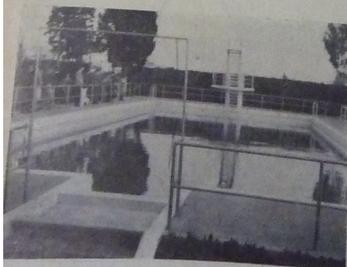
Otra vista de la cancha de bochas



Parte de la concurrencia del acto inaugural



Una vista de la sala de Primeros Auxilios del Campo



La pileta de natación



La entrada del Campo



El distintivo de la J. O. C. formado en un cuadro del Jardín de entrada

El campo de deportes de Villa Devoto.  
Septiembre 1939.